1 026

PEDRO MUÑOZ SECA
Y
PEDRO PÉREZ FERNÁNDEZ

El voto de Santiago

COMEDIA

EN DOS ACTOS, ORIGINAL

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

Copyright, by P. Muñoz Seca y P. Pérez Fernández, 1918

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1918

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/elvotodesantiago3801muno

EL VOTO DE SANTIAGO

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvége et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

EL VOTO DE SANTIAGO

COMEDIA EN DOS ACTOS

original de

PEDRO MUÑOZ SECA y PEDRO PÉREZ FERNÁNDEZ

Estrenada en el TEATRO INFANTA ISABEL el 12 de Abril de 1918

MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.°

TELÉFONO, NÚMERO 551

1918

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
AMPARO	María Luisa Moneró.
CLOTILDE	Joaquina del Pino.
CONCHITA	Rafaela Lasheras.
ROSA	Magdalena Abrines.
LUISA	Carmen Cachet.
DOÑA REFUGIO	María Brú.
MANOLITA	Concha Zeda.
PAQUITA	Luz Moya.
DON TELMO	Rafael Ramírez.
DON PACO	Francisco Alarcón.
TORTUERO	José García Aguilar.
RAMOS	Alejandro Maximino.
CENTENO	Víctor Codina.
MIRANDA	Antonio Estévez.
VILLARÍN	Alfredo Aláiz.
DON SEBASTIÁN	José del Portillo.
DON TEODORO	Enrique Navas.
MR. MENÚ	Pedro González.
MANOLO	Antonio del Pino.
ENRIQUE	Fernando Murillo.
MOZO	Enrique Navas (h.)

Amparo, Clotilde, Conchita, Rosa, Luisa, don Paco, Tortuero y Miranda son anduluces.

Decorado del escenógrafo Sr. MOLLÁ.

ACTO PRIMERO

Terraza de un balneario situado en un valle de la sierra de Córdoba. Al foro amplia perspectiva de sierra andaluza en plena primavera ¡casi nada! Todos los términos practicables. A la izquierda la puerta del edificio del balneario. Muebles de junco o mimbre. Es de día.

—

(Al levantarse el telón se encuentran en escena ROSA, LUISA y CONCHITA. Las dos primeras son dos señoras jóvenes. Están en plan de viaje, es decir: con los sombreros puestos y los saquitos de mano en las ídem. Conchita, pizpireta doncella del balneario, las sigue transportando una maleta.)

ROSA — ¿Y tardará mucho el coche?

CON. — ¿Ustedes se vais en la diligencia?

ROSA — No; hemos encargado una manuela a un tal Dimas.

CON. — ¡Ah! Sí, señorita; a Gervasio.

ROSA — ¿No es Dimas?

CON. — No, señorita; él se llama Gervasio Molina, pero tó el mundo le llama Dimas Perea. Cosas de los pueblos.

LUISA — Tiene gracia.

CON. — Y ustedes vuelven dentro de una semana, ¿eh?

ROSA — Sí. A ver si cuando volvamos hay aquí gente más simpática, Conchita, porque lo que es ahora...

CON. — Tiene usted razón. Hay ahora una rachita de las negras; y es, ¿sabe usté? que en estos balnearios donde se aglomeran gentes de tos laos, ocurre con los agüistas cosas muy gra-

672091

ciosas. A lo mejón viene una racha de gente simpática y se pone esto que da gusto, y otras veces, como ahora, ¡Josú! ¡Vaya un personá! Miren ustedes: la primavera pasá, como la Semana Santa cayó tan tarde, pos tuvimos aquí un mes de Abrí, que, ¡vaya un mes de Abril Tres mataores de toros de lo mejón; dos tiples de lo mejón; una cómica, de esas que no cantan, también de lo mejón; tres o cuatro de esos que escriben que vinían al oló de los mataores; dos o tres señoritos, de esos que no hacen ná, que venían al oló de las tiples, y, bueno, pa qué cansá, que se juntó aquí la fló de las simpatías y era esta casa un paraíso. Cante, baile, juerga, excursiones y una de propinas... ¡Josú! Bueno, pues el Sábado de Gloria cada muchuelo a su olivo y, lo que son las cosas, el lunes de Pascua prensipiaron a vení tos los curas y tos los canónigos a quienes había sentao mal los ayunos y las vigilias, y se reunieron aquí diecinueve. ¡Diecinueve, señora, que eso se dise pronto. Y como yo soy la encargada de los dormitorios y tengo también el cuido de la capilla, pos a las cinco de la mañana prinsipiaban los timbres ¡rin... rin!... El onse. Conchita: el agua caliente, y toque usted el primero, que voy a decir misa... ¡Rin... rin!... El nueve. Conchita: el agua y toque usted el primero... Y toque usted y vuelva usted a tocar... Y a mí tóqueme usted el segundo y a mí el tercero, y... Bueno: no me quiero acordá, ¡la locura! Como que desde el año pasado me viene a mí lo de Conchita Campana, que no hay quien me lo quite.

ROSA — Pues ahora no hay canónigos, pero...

CON. — Sí, señorita; ¡han tenido ustedes una pata!... Porque quitando a Tortuero, que es mu servisiá, y, a tó tirá a tó tirá, a doña Clotildita, que a fuerza de mamarracha hace grasia...

LUISA — Sí, sí; pero hay un catalán, ese Centeno...

CON. — ¡Josú! ¡Er granisol En cuanto él llega se disuelven las reuniones. ¿Y dónde me dejan ustedes a aquel que está allí parao como acechándonos?

ROSA — ¡Don Telmo!

LUISA — ¡Horror!

ROSA Mujer, aun no le conozco el metal de la voz.

CON. Pos eso lleva usté ganao. ¡Qué tío más antipatiquísimo!

ROSA Verdad. ¡Huy, qué antipático!

LUISA Escucha, ¿dónde has puesto la cesta de la merienda?

ROSA ¿Yo?

CON. ¡Ay, señorita! En el cuarto se ha quedao. Ahora iré por ella.

LUISA Corra usted.

CON. No hay prisa, porque er coche ha de tardá. Hasta que pase la diligencia no lo manda Gervasio, como si lo viera. (Se va por la izquierda.)

ROSA Escucha; me parece que don Telmo se acerca con el propósito de hablarnos.

LUISA ¿Será posible?

(Por la derecha sale DON TELMO, pausadamente. Registra con la mirada la escena, y, cerciorado de que no hay nadie más que ellas y él, se decide a hablar.)

TELMO ¡Señoras! (Rosa y Luisa contestan con una inclinación de cabeza.) Creí que no se iba nunca esa criada cotorrona, y digo cotorrona en el doble sentido de la edad y del parlanchismo...

(Don Telmo se estira los puños, se atusa el bigote y se dispone a continuar hablando, cuando entra como una tromba por el fondo TORTUERO. A las primeras palabras de este personaje, don Telmo hace un enérgico gesto de contrariedad, tose con un gruñido y desaparece por la izquierda. Tortuero, que entra sudoroso y jadeante, es un pollo de la colonia veraniega que sirve para todo, lo hace todo; bulle, corre, va y torna siempre diligente a la disposición de todo el mundo. Habla disparado.)

TORT. Dentro de diez minutos está aquí el coche. Me lo acaba de decir por teléfono Dimas Pérez. Aquí tienen ustedes la cesta de la merienda que dejaron olvidada.

ROSA Gracias, Tortuero. Conchita acaba de ir por ella.

LUISA ¿Dónde la habíamos dejado?

TORT. En el cuarto; pero donde está Tortuero no hay olvidos. Yo, es cosa sabida, en cuanto alguien se despide y se va, entro en el cuarto y hago una requisa a ver si queda algo, y siempre queda algo. Un peine en un cajón, un trapo detrás de una puerta, un imperdi-

ble sobre una repisa, siempre queda algo, y allá voy yo corriendo a la estación, si hay ferrocarril, o al parador, si hay diligencia, o al muelle, si hay barco. En Cádiz: anda, en Cádiz me llamaban el Fantomas de los llaveros, porque me sucedió tres veces seguidas: unos que se iban, yo que requisaba, y, ¡ya! un llavero con seis llaves. ¿Dónde va esta familia? A Buenos Aires. ¡Duro! ¡Al barco! Y llegaba, y en aquel momento estaban diciendo: ¡Ay, las llaves! ¡Perdidas! Se han quedado allí... Ya no hay tiempo... Y yo... ¡Señora, las llaves! ¡Pim!... ¡Pam!... Listo. Yo soy así.

LUISA Es usted el hombre más diligente y más activo que he conocido, amigo Tortuero.

TORT. Pues ya ve usted: soy de Córdoba. Para que luego digan. Agilidad, actividad, obicuidad y servicialidad. ¡Viva Córdoba! Er só es lo que me mata, ¿sabe usté? A mí me mata er só; er só me mata y soy de Córdoba. Bueno, dentro de ocho días vuelven ustedes, ¿no? Con sus maridos, ¿eh? Pues nada, el lunes que viene, a la hora del coche, me tienen ustedes en la cantina de la estación de Fontanilla. Antes falta er só, ¡que no faltará! ¡Camará con er só! Er só me mata, me mata er só, ¡y soy de Córdoba! ¡Por Dios, no falten ustedes! Esas aguas de Montemayor son flojísimas. Aquí, en confianza (Bajando mucho la voz.), esas aguas de Montemayor no tienen más que un poco de oxígeno y un poco de hidrógeno; más claro, agua. (Cogiendo un vaso de agua.) ¡Manantiales de chipen en la provincia de Córdoba! ¡Esta, esta! ¡Azoe, cobre, hierro, cloro, sulfato de hierro, sulfato de magnesia, sulfato de cal, ácido carbónico, ácido sulfhídrico, ácido sulfúrico, ácido clorhídrico, yoduro, bromuro, cianuro, carburo, carbonatos en disolución y microorganismos en suspensión. (Se la bebe, haciendo primero unos visajes terribles y cuando ha concluído un gesto de complacencia.) ¡Esto es agua!

ROSA ¡Por Dios, Tortuero, ni que fuera de usted el manantial!

TORT. Señora: si fuera mío, me lo bebía todo. Tengo fe y soy de Córdoba. Y luego estos aires y esta sierra. No falten ustedes el

lunes. Para el lunes, excursión peatona al pico de la cresta de gallo. Hoy preparo una a la peña del ermitaño, pasando por el barranco de la muerte... deliciosa y cinegética. Voy a ver si han llegado los burros. ¿Hasta el lunes?

ROSA (Dándole la mano.) Hasta el lunes.

LUISA (Lo mismo.) Descuide usted.

TORT. Repetidos y respectivos saludos a los respectivos esposos y hasta el lunes. (Viendo la hora en su reloj de pulsera.) ¡Las dos y media! Ya debe está ar caé la diligencia. ¿Qué nuevos agüistas traerá? ¡Los burros! ¡Las sombrillas! ¡Las meriendas! ¡Los botijos! ¡Las alpargatas! ¡Ah, vamos en alpargatas! Idea mía. ¡Qué caprichosísimos vamos a estar todos en alpargatas! ¡Cómo nos vamos a pinchar con los cardos y cómo nos van a doler los pies a la noche. ¡Delicioso! Y es que estoy en todo, subo, bajo, corro, brinco y no me pesa. ¡Si no fuera por el só, el só me mata, me mata el só y ¡soy de Córdoba! Soy de ustedes. Hasta luego. (Vase por la derecha como un cohete. Quedan Rosa y Lucía riendo.)

(Por la izquierda sale DON TELMO con las mismas precauciones que salió antes por la derecha. Dentro se oye el cascabeleo de una diligencia.)

TELMO ¡Señoras! (Rosa y Luisa contestan con una inclinación de cabeza.) Creí que no se iba nunca esa chicharra neurasténica de Tortuero. (Tose; se estira los puños, se atusa el bigote y se dispone a continuar hablando, cuando vuelve a salir por la derecha Tortuero, que se va al fondo atraído por los cascabeles de la diligencia. A las primeras palabras de Tortuero, don Telmo hace un enérgico gesto de contrariedad, tose con un gruñido y desaparece por la derecha.)

TORT. ¿No lo dije? ¡La diligencia! Poca gente traerá porque en el correo... (En el fondo.) Dos viajeros. Padre e hija. No es mal paresida. Ya baja. Bien está de cara, bien está de busto, digo ¿eh? ¡Superiores pantorrillas! El debe ser militar retirao y ella... sus veinsinco tiene. ¡No está mal! Voy a lo de la excursión... (Mutis por la izquierda.)

ROSA ¿Pero qué es eso, Tortuero, no les ayuda usted?

TORT. Me van a dispensá, pero no puedo. Son los

primeritos que llegan al balneario que yo no resibo, ¡pero argunos tendrían que ser los primeros!

VOZ (De mujer. Dentro.) ¡Tortuero!

VOZ (De hombre, dentro.) ¡Tortuero!

VOZ (De mujer. Idem.) ¡Tortuerito!

VOZ (De hombre. Idem.) ¡Tortuero!

TORT. (Loco) Voy. En seguida. Va. ¡Ya! ¡Los burros, los sombrillas, los botijos, las meriendas, las alpargatas. ¡Voy! ¡En seguida! ¡Va! ¡Ya! (Vase por la izquierda.)

(Vuelve a salir DON TELMO por la derecha.)

TELMO Señoras. (Inclinación de cabeza de Rosa y Luisa.) Creí que se habría ido ya ese abejorro bullidor y la erré porque...

(En este momento aparecen en el fondo AMPARO y DON PACO, seguidos de un mozo que portea sus equipajes. Don Paco tiene sus sesenta añitos.)

LUISA (Levantándose..) ¡Amparito!

ROSA ¡Amparo!

AMP. ¡Rosa! ¡Luisa! (Abrazos, besos, saludos, etc. Gesto de contrariedad de don Telmo, que desaparece por la izquierda.)

MOZO (A don Paco.) ¿Tiene usted habitaciones reservadas?

PACO Sí. Número 5, primer piso. (Vase el mozo por la izquierda.)

AMP. ¡Pero si está aquí todo el pueblo! ¡Qué casualidad!

PACO ¡Para que luego hablen de las coincidencias! Salen cuatro gatos de Tomillares a primaverear y, sin ponerse de acuerdo, se encuentran en la sierra de Córdoba, en un pueblucho que no figura en el mapa y en un balneario que no se sabe para qué sirve. ¿Para qué sirven estas aguas?

ROSA Pero ¿no vienen ustedes a tomarlas?

PACO ¿Yo?

LUISA Entonces, tú.

AMP. ¡Puaf, qué asco! ¿Las tomais vosotras?

ROSA ¡Quita, mujer!

LUISA ¡Cualquier día!

ROSA Aquí no la toma nadie más que un pollo que es de Córdoba y ¡claro! el paisanaje... A estos balnearios se viene a nada... a pasar el mes de Mayo... a lo que vienen ustedes...

PACO Estais frescas. Nosotros venimos...

AMP. Por Dios, tío. Está usted hoy pesadísimo.

PACO ¿Vas a guardar secreto con éstas?

ROSA Aunque sea un secreto grave, puede decirlo don Paco. Nosotras nos vamos hoy y ..

PACO Nada: yo se lo digo.

AMP. Y dale; no le hagan ustedes caso.

PACO Viene aquí a casarse.

LUISA, ROSA ¿Eh?

PACO Así, como suena.

ROSA ¡Amparo!

LUISA Mujer: gracias a Dios. ¿Y con quién?

AMP. ¡Ah! Eso... que se lo diga a ustedes mi tío.

ROSA A ver, don Paco. venga el nombre.

PACO Ya se dirá, ya se dirá.

LUISA No sabes la alegría que me dan, mujer, porque de todas las de nuestra edad eres la única soltera y el tiempo pasa y, vamos, ya era hora, Amparito.

ROSA Y, además, como ha coincido que no has tenido nunca ningún pretendiente, porque mira que eso es raro; ni de chica.

AMP. Es verdad.

ROSA El otro día lo comentábamos ésta y yo. Mira que lo de Amparito García es raro: tan mona, tan simpática, guapa, porque es guapa, en buena posición, una muchacha buenísima, educadísima, de una familia hasta allí... y nada.

PACO Pues por eso me dije, ¡ea! se acabó; a casarse: y a eso venimos.

LUISA ¿Pero, con quién se casa? ¿Esta aquí el novio?

PACO Aquí.

ROSA ¿Quién es?

PACO Uno cualquiera, el que nos sea más simpatico; qué sé yo quién es, pero la caso. ¡No, que no! Estoy ya de sobrina hasta el borsalino y de esta primavera no pasa.

AMP. ¡Tío!

ROSA Pero...

AMP. No le hagan ustedes caso.

PACO De esta primavera no paso. Bueno, vosotras como no estáis en el pueblo más que en invierno, no notáis nada. Esta, en invierno, su misita por la mañana, su encajito de bolillos al sol por la tarde; su lotería por la noche, su rosario y a dormir se ha dicho... Pero... yo no sé qué coles tendrá la prima-

vera; en cuanto llega la primavera, se pone incapaz. Y no hablemos del verano. ¡Que si tío de mi arma, qué pena tengo! ¡Que si voy a cumplí los treinta! ¡Que si estoy en er poyetón! ¡Que si todas se casan y yo me quedo! Que si qué tendré yo..! y suspiro va y suspiro viene, y ¡tío, véngase usté conmigo ar patio a ver la luna! Y con el achaque de que a mí me gusta comerme mi docenita de higos chumbos a la fresca por la noche, allí me lleva y, entre higo chumbo y trago de agua, me sopla cada rima de Bécquer que me atonta.

«Pues tienes los ojos niña,
verdes como el mar, te quejas...»

ROSA ¡Ah! Esa es muy bonita.

PACO Dicha como yo la digo, ¡puede! pero entre sollozos, gemidos y con voz de monja afónica..., ¡vamos! ¿Pues y cuando las canta?

AMP. ¿Que yo canto las rimas de Bécquer?

PACO A ver si no le has puesto música a esa que dice:

«¿Qué tienes en la mirada,
niña de los ojos bellos...» (Rien todas.)

¡Ríete, ríete! pero de esta primavera no pasa. Eso de «¿qué tienes en la mirada?» se lo vas a decir al primer zángano sodoborobicarbonatado de este balneario que te diga qué buenos ojos tienes. ¡A mí, no!

AMP. ¡Ay! Sospecho que volverán las oscuras golondrinas y el patio y la luna y los higos chumbos y el tío y la sobrina con voz de monja afónica.

PACO Antes bebo estas aguas y que sea lo que Dios quiera. Aquí pescas tú un novio o los pescas en otra parte. Yo no vuelvo al pueblo hasta que no vayamos con escolta. Se acabó.

AMP. Pero si está visto que yo no tengo anzuelo.

PACO Pues te lo pesco yo. ¡Coles!

ROSA Vamos, mujer, no hay que desesperarse. Aquí hay pollos muy enamoradizos. Todo llega.

AMP. ¡Que todo llega! ¡Ay! (Se sienta. Tristemente.) Tiene razón tío Paco; en invierno, entre que los días son cortos y las noches frías y no sale nadie de casa, ni me acuerdo de que tengo... (Bajando mucho la voz) treinta años! pero,

en cuanto llega el buen tiempo y empiezan á verse trajes claros y blusitas de céfiro y pañolitos de seda y unos novios en cada reja y una copla en cada patio, me entra a mí un desconsuelo y unas ganas de llorar... Bueno, es que vivir soltera y sin novio en un pueblecito andaluz y estar despierta y sola una noche de verano a eso de las diez y no tomar fósforos, es pa que la pongan a una en un altar.

PACO Pero ¿qué coles tiene que ver la monserga del histerismo con eso de las diez de la noche en el pueblo?

ROSA Que lo explique.

LUISA Que lo explique.

PACO Acabará por volvernos a todos becquerianos. Por mí, que lo explique. (Se sienta.)

AMP. Vosotras no sabeis de eso. Recién salidas del colegio, tuvísteis la primera carta de relaciones y luego, el novio, las pavas, la pulsera de pedida, los dichos, la Epístola de San Pablo y el marido. ¡Ay! Pero yo... Yo esperando siempre... ¡Siempre...!

¡Las diez de la noche! La calle a oscuras, el farolillo de la esquina a medio encendé y yo sentada a mi puerta solita como la una. Pasa el sereno:—¡Dios guarde, sita Amparo! —Buenas noches, Juanón.—¿Se toma er fresco?—Er poquillo que hay.—A gloria sabe despué de la caló der día.—Sabe a gloria, Juanón —Y usted tan sola.—¡Tan sola yo!—¡Qué se le va a jasé!—¡Lo mismo digo!—¡Ea, po con Dió!—¡Ea, pos con Dios...! Y suena en la torre la primera campanada de la queda. Retoza en la calle el airecillo fresco de la marisma que en cada barcón y en cada azotea roba sus perfumes a los claveles, a los nardos y a las rosas, y poco a poco los ojos que se han hecho a la oscuridad, van descubriendo cosas buenas. Allí, en aquella puerta, sentados en el umbral, un gañán celoso mira sin hablar a una mocita con cara de torta de pascua, que no despega sus labios: ninguno de los dos sabe romper el silenclo de un cariño que sus pobres palabras no podrían decir. De cuando en cuando un ¡chiquilla!; de cuando en cuando un ¡chiquillo! y luego, nada, silencio... ¡Ay!

(Suspira.) Más allá, en aquella reja, el estudiantillo chilindrina y zaragata, que miente lindamente amores cascabeleros; por cada gracioso embuste, rompe la oscuridad la luz de su cigarro; una puntita de fuego que brilla con fuerza y se apaga al instante, como una estrellita que luce de pronto en el cielo y huye en seguida corriendo, asustada, a hundirse en el mar. A mí se me figura que su cariño es así: fuego luciente que dura un suspiro, estrellas que huyen, querer de estudiante, puntitas de fuego. Y aquí y allá otras parejas. Que en las rejas y en las puertas brilla el querer y arde el deseo. Un matrimonio joven, recién casado, cruza la calle; van del brazo, dando envidia a todos, mirándose en los ojos, despacito, muy juntos, muy despacio, y cuando los novios de la calle los ven, se oyen toses y cuchicheos, y risas y suspiros, y no sé dónde estalla un beso—y yo me vuelvo loca... y suena en la calle la última campanada de la queda y vuelve el sereno a pasar...—Dios guarde, sita Amparo.—Buenas noches, Juanón.—¡Y usted tan sola!—¡Tan sola yo¡—
—¡Ea; pos con Dio!—¡Ea, pos con Dió! Y vuela en el silencio de la noche una copla que allá, a lo lejos, nació entre las cuerdas de una guitarra:

«Eres palomita blanca
y yo palomito azú,
juntaremos los piquitos
y haremos currucucú.»

¡Las diez de la noche! (Breva pausa.)

PACO — Y a esa hora es cuando me pilla a mí comienda higos y me dice que qué tengo en la mirada. ¡Coles! ¡Un sueño que me doblo! (Risas.) Ea, hasta luego; cuando se te acabe el gas, en el cinco estoy. ¡A mí no me becquerianizan ustedes! ¡Pues no tuviera más que ve!

AMP. — Voy con usted, tío, aguárdeme usted.

PACO — ¡Que te zurzan, sobrina! (Vase por la izquierda.)

AMP. — ¡Voy! (Medio mutis.) ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Pobre tío Paco! (En tono confidencial.) Bueno, todo esto que he dicho y más que hubiera charlado, si sigue aquí el tío es pura fantasía. ¡Hijas

desde los catorce años sin salir del pueblo, donde no hay más pollo casadero que el boticario y es catalán y tartaja, no podía ser. Y luego el tío Paco tan comodón... ¡El trabajito que me ha costado arrancarlo de allí y las diabluras que he hecho! Un año fingí ataques de nervios, pero, hijas, en cuanto me daba el patatús, cogía un sifón de agua de Seltz, me ahuecaba la blusa por la espalda y ¡allá te va!

ROSA ¡Ay, qué frío!

LUISA ¡Qué bruto!

AMP. Hace dos años, se me ocurrió esto de ponerme romántica—que lo soy, esto es aparte—y como noté que eso le enternecía, este último verano, en cuanto empezaron los higos chumbos, comencé a ilustrárselos con rimas de Bécquer, y «olas que al llegar plañideras besando tus pies» y ha saltado, ¡por fin! ¡Gracias a Dios!

ROSA Pues como él se empeñe, te casa; ya lo creo que te casas.

AMP. No lo sueñes; yo soy incasable, tengo la sombra del manzanillo. Y, lo que es peor. no tengo gancho; me falta el gancho. Yo lo comprendo, me falta el gancho, ¡Si he hecho la prueba mil veces! En cuanto veo un pollo agradable, me insinúo, le sonrío, le suspiro. le juego los ojos... he llegado hasta decirle a uno ¿tiene usted novia? porque yo no tengo novio...

ROSA ¿Y qué te ha contestado?

AMP. Que era seminarista. ¿Te parece, mujer? ¡El muy ladrón! ¡Pues se cuelgan los hábitos, hombre, porque es que hay que ver la preguntita. Y es el gancho, el gancho, que me falta el gancho. Yo lo comprendo, me falta el gancho!

LUISA Pues, a pesar de eso, en cuanto te vean aquí te rifan.

ROSA Y, si no, al tiempo. Dentro de ocho días volvemos y verás cómo te encontramos pelando la pava.

AMP. ¡Ay! ¡No lo voy a dejar ni cañones!

PACO (Dentro.) ¡Pero sobrina!

AMP. Voy, tío, voy.

ROSA Despídenos de él. (Besos, etc.)

AMP. Adiós y feliz viaje. Vuelvo a mi papel de

romántica. ¿Qué verso le diré ahora al tío Paco?

ROSA / LUISA } ¡Ja, ja, ja!...

AMP. ¡Callarse, demonios! (Haciendo mutis por la izquierda.) ¡Ah, sí!...

Mi frente es pálida, mis trenzas de oro,
puedo brindarte dichas sin fin.
Yo de ternura guardo un tesoro.
¿ A mí me llamas?—¡No, no es a ti!

¡Ay, ay, ay!... (Vase.)

(Breve pausa que aprovecha Rosa y Luisa para cerrar sus maletines, y vuelve a salir por la izquierda DON TELMO que hace lo que hizo ya.)

TELMO Señoras... (Rosa y Luisa contestan con una inclinación de cabeza.) Creí que no se iba nunca esa señorita. Quisiera hablar con ustedes un par de minutos.

ROSA Usted dirá, don Telmo.

TELMO Señoras mías: no quiero que se vayan ustedes del balneario llevándose de mí un amargo recuerdo y voy a hablarles con franqueza. Yo no soy antipático.

ROSA Por Dios, don Telmo, nadie dice...

TELMO ¡Qué me van ustedes a contar a mí! Todos los pollos y gallos del balneario han tenido para ustedes seguramente una frase de lisonja, una sonrisa de admiración, un piropo casto... caray, es que son ustedes de primera.

LUISA ¡Don Telmo... (Ríe.) que somos casadas!

TELMO Eso es un aliciente como otro cualquiera. Todos menos yo, les han dicho cosas agradables. Y ustedes pensarán: este don Telmo es un ogro. Pues no soy un ogro; y además me gustan ustedes más que a nadie; y me gustan todas más que a nadie. Y de aquí no sale una sin que yo me sincere antes con ella. Y como hoy se van ustedes a ustedes les toca oir mi confesión. ¡Todo menos que de aquí se vaya una hija de nuestra ebúrnea madre Eva diciendo para su capote: ¡Don Telmo es un antipático! ¡Don Telmo no es antipático!

ROSA ¡Qué raro!

LUISA ¡Qué curioso!

(Se sientan.)

TELMO Ya está. Ya han hecho ustedes lo que todas. En cuanto me oyen decir estas cosas, las dejo sentadas. Pues bien, yo no les he dedicado a ustedes la más mustia flor porque me lo impide un voto que he hecho a Santiago.

ROSA ¿A Santiago comandante?

TELMO A Santiago, señoras: tengo el honor de ser de caballería y no una caballería como dicen por ahí.

ROSA No habíamos oído...

TELMO Lo dicen. Y para que vean ustedes si soy o no una caballería, vamos al grano.

LUISA Vamos allá y veremos.

TELMO Pase la pulla. En Valladolid hay cada señora casada que tumba; la Academia de Caballería está en Valladolid, y yo allá en mis mocedades, tierna avecilla imprevisora y alicortada, saqué plaza y me metí en aquella urbe donde como digo las casadas tumban, pero los maridos tunden. ¡Y de qué manera! Se encuentra uno el garrotazo fatal en la cerviz con descolgamiento de nariz sin que le digan ¡ahí va eso! Son tan parcos de palabras que sólo dicen una, cuando acaban, que yo creo que debe ser la consigna valisoletana: ¡Velay!...

Pero son unos distinguidos poetas; al fin y al cabo, paisanos de Zorrilla. Dan el garrotazo y no se marchan sin ofrecer un inspirado consonante a la interjección que lanza uno buscando entre los adoquines del pavimento el apéndice nasal: ¡Caray! —¡Velay! Lo que más molesta es el dejillo.

ROSA ¿Y eso a qué viene?

TELMO Viene a decirlas a ustedes que conmigo hicieron la aleluya repetidas veces. Y claro, cuando salí teniente, como llevaba una experiencia atolondrante, despreciando a las solteras, me dediqué de lleno a partir corazones de cónyuges incautas. Siento que no haya tiempo para referir a ustedes todas mis aventuras.

ROSA ¡Don Telmo!

LUISA ¡Comandante!

TELMO Las hay que horrorizan, porque siempre me han pegado: desde el vilependioso golpe en la faz, con una zapatilla de orillo, hasta el

noble balazo en el campo de honor; desde la gentil estocada a fondo, hasta el lanzamiento aerostático dentro de un saco de carbón en la antipática compañía de un felino. Las conquistas triunfales son una mentira. Don Juan Tenorio era sevillano y sólo así se comprende que fuera tan embustero.

La última conquista me decidió. Fué la mujer del fabricante de un específico para hacer crecer el pelo titulado «El Carabí.» Tuve que fingirme comprador de la droga y el marido no se cansaba de meterme en los bolsillos botes de «Carabí.» ¡Una fortuna! Luego averigüé que todo era una combinación matrimonial financiera, para vender el específico capilar, y conquistador que cogían por su cuenta, conquistador que agotaba el género. Después de todo no deja de tener cierta gracia esa delicada manera de coger a un seductor y darle para el pelo sin hacerle daño.

En resumidas cuentas: que salí a la calle dando botes, miré al cielo y no me oyó, y exclamé temblando de una forma que los transeuntes creyeron que se les venía encima un mirador de cristales: ¡Santiago, patrón de España, por mi honor y tu nombre juro no volver a mirar a ninguna mujer casada. Y desde entonces acá, mi vida es un martirio; porque es que me gustan cada vez más, y cuando veo alguna de esas que, vamos, atontolinan, me entra un no sé qué nervioso, pienso: ¡Telmo, que te pegan!, murmuro: ¡Santiago, échame una manita! y venzo la tentación. Una vez justificado... Señoras, a los piés de ustedes. He dicho. (Medío mutis.)

ROSA — (A Luisa.) ¿Sabes que no es antipático este hombre?

LUISA — ¡Qué ha de serlo, pobrecillo, y es hasta buen mozo!

TELMO — (Volviéndose, antes de hacer mutis.) ¡Don Telmo no es antipático!

ROSA — Eso le estaba diciendo a esta... por cierto que... ¿se lo digo?, me ha contestado que es usted muy buen mozo.

TELMO — (Hecho un conquistador.) ¿Yo? ¡Mi respetable madre!, ¿qué oigo? ¡Ah, señora!... Yo... ¡San-

tiago, échame una manita! (Gruñe, tose y se va por la izquierda.)

ROSA }
LUISA } ¡Ja, ja, ja!...

ROSA Lo dicho: no es antipático este hombre.

CON. (Por la izquierda.) Señoritas: ahí viene ya el coche.

LUISA Ea: pues vamos.

CON. Ya sé que el señorito Tortuero les trajo a ustedes la cesta de la merienda.

ROSA ¡Ah! Sí. Es aquel nuestro coche, ¿no?

CON. Sí, señora; y ese moreno citreño que está en er pescante es Gervasio Molina, es desí, Dimas Perea o er Niño de la Paca, como también le llaman.

LUISA Ea: vamos.

CON. No hay prisa; antes de las nueve están ustedes en la estación de La Higueruela y el tren no pasa hasta las diez... (Se van los tres por la derecha.)

(Suenan dentro unas alegres risas y entran riendo por la izquierda MANOLITA, PAQUITA, MIRANDA y VILLARIN. Ellos en alpargatas y en tren de pueblerina excursión campestre. Ellas con vaporosos trajes y sútiles gasas de vivos colores en la cabeza para resguardarse del viento; alguna se toca con ancho pavero, de fina palma. Traen varitas para arrear a los burros.)

MAN. A mí cuando me hace más gracia es cuando se las quiere echar de niña. (Ríen.) Cuando dice que si ve un ratón se desmaya.

VILL. Sí, sí: esa va a los toros y pide más caballos.

PAQ. ¡Es mucha Clotilde! Con cuarenta y cinco años y vengan trajecitos blancos y falditas cortas... Yo creo que la gente no se conoce o no se ve.

MIR. Y con unas ganas que tiene de novio... Ahora le ha puesto los puntos a don Telmo. (Ríen.)

MAN. Cuidado, que ahí viene.

VILL. La voy a llamar doña Clotilde: verán ustedes el coraje que le da. (Se sientan a una mesita.)

(Entran en escena DOÑA REFUGIO, una señora de sesenta años. DON SEBASTIAN, un señor de edad también avanzada. DON TEODORO, hombre de cincuenta larguitos y CLOTILDE. Esta Clotilde es una jamona, jamonísima que aún la da de pollita.)

SEB. Por Dios, Clotildita, que nos asusta usted.

CLOT. Pues yo el cariño lo entiendo de ese modo: en trágico. La mujer que se resigna ante el engaño es que no ama; la que ama es la que arroja a la cara del amante ofensor, el consabido vitriolo.

REF. ¡Por Dios!

TEOD. ¡Atiza!

SEB ¡Jesús!

CLOT. Para mí el país ideal es la India salvaje.

MIR. ¡Caramba!

CLOT. Porque cuando muere el marido arrojan a la hoguera a sus mujeres.

REF. ¡Qué atrocidad!

PAQ. ¡Jesús, Clotilde!

MAN. ¡Qué barbaridad!

SEB. ¡Claro! Una barbaridad. Quemarlas cuando muere el marido. Más agradecería el marido que las quemaran un par de años antes. (Risas.)

REF. ¡Hombre, Sebastián!...

VILL. ¿Qué le parece a usted eso, doña Clotilde?...

CLOT. (Molesta.) He observado, Villarín, que me antepone usted el doña con segunda.

VILL. ¡Por Dios!

CLOT. Sí, sí; como echándome años y... tenga cuidado, Villarín, porque yo que no imagino el amor sin vitriolo, no concibo tampoco el odio sin dinamita.

VILL. Pero, Clotildita...

CLOT. Befas, no, Villarín. ¡Befas, no! Conmigo no se juega.

TORT. (Con alpargatas y pavero.) Señores, faltan treinta minutos. Al punto de la media se pondrá en marcha la caravana. Orden de la comitiva. (Se le acercan todos.) Abrirá la marcha Centeno, caballero en el asno del molino. Centeno irá siempre a doscientos piés del cuerpo de la caravana.

TODOS ¡Eso, bien, bravo! (Aplausos.)

TORT. Gracias por esos plácemes. Los esperaba.

REF. Está usted en todo; porque, vamos, es que el pobre Centeno...

SEB. No hay quien lo trague.

MAN. Y cuidado que él procura hacerse simpático.

PAQ. Sí, pero...

CLOT. (Por el pecho.) Aquí lo tengo yo sentado.

VILL. Pues no se cae.

TORT. Bueno, continúo: tras de Centeno, y también a respetable distancia, don Telmo, en el burro del administrador.

TODOS ¡Bien, bien!... ¡Bravo!...

TORT. Después la juventud en los burros de las canteras y luego la ancianidad en los del mercado, que son los más ecuánimes.

REF. Por Dios, Tortuero, que no vaya ninguna burra; que no tengamos películas como el otro día.

TORT. Descuide usted. ¿Usted no va, Clotildita?

CLOT. ¡Ay, no! He montado en burro una sola vez y no me quiero acordar.

VILL. Quien no querrá acordarse será el burro.

CLOT. Pero si yo no peso. Todo esto no es más que apariencia...

MAN. (Mirando hacia la derecha.) ¡Ah; ahí viene Centeno!... ¡Socorro! (Se sienta ante una mesa.)

CLOT. ¡Dios mío! (Se sienta a su lado.) Siéntese usted, Tortuero.

PAQ. ¡No dejarle sitio!... (Se sienta junto a Clotilde.)

MIR. ¡Tú, Villarín!

(Quedan sentados los seis alrededor de la mesa.)

SEB Lo que hacen esos no está mal pensado. Ocupemos este banco de tres plazas, para que no se nos pegue. ¡Es tan ordinario!

REF. ¡Y cuidado que el pobre hace esfuerzos por agradar.

TEOD. Más que antipático, es bruto.

CENT. (Por la derecha. Es catalán, frisa en los cincuenta y viene en plan de excursión.) Ea: ya estoy yo, y estando yo ya estamos todos. ¿He dicho algo? Señores: compañerismo y simpatías. (Todos le contestan con un gesto, un gruñido o un monosílabo.) ¡Hola, Paquita feísima. (Mordiendo al aire.) ¡Aum!.. ¡Manolita!... (Mordiendo nuevamente.) ¡Aum!... ¡Aum!...

MAN. (¡Dios mío, qué reventante!)

CENT. ¡Caramba, la Clotildona!... ¡Y qué maja se nos ha puesto!... (Sentándose a la fuerza entre Paquita y Clotilde.) Aquí me hago yo un sitio por las malas o por las piores... ¡Aaaah!... ¡Ya está! (Mordiendo a uno y a otro lado.) ¡Aum!... ¡Aum!...

REF. Ordinarísimo.

TEOD. Bruto, señora; bruto.

PAQ. (Levantándose.) ¿Qué, mamá? Sí: espera... (Se acerca a doña Refugio.) (¡Es insoportable!)

CENT. (Ensanchándose.) Esto es ya otra cosa. Oiga, Tortuero, yo tendré burro, ¿no?

TORT. ¿Cómo no, amigo Centeno? El más ligero de todos.

CENT. ¡Ah! El de siempre, el del molino. Caray, pues me carga ese burro; es un andar de corre, corre, que apenas salimos ya estoy yo a un kilómetro de distancia. ¡Eso de que yo rompa marcha siempre!...

TORT. Las simpatías por delante, amigo Centeno.

CENT. Es que a mí me gusta ir al lao de estas feas... (Mordiendo a uno y otro lado.) ¡Aum!... ¡Aum!...

CLOT. (Levantándose.) ¡Ah! ¿Lo ha encontrado usted, Paquita? (Se acerca al otro grupo.) (¡Jesús! Es el único hombre que no me gusta.)

MAN. (Huyendo también de Centeno.) ¿Y dónde estaba, Paquita? En la fuente, ¿no? (Se une al otro grupo.)

TORT. (Idem.) Si yo se lo dije: de no estar en el comedor está en la fuente... (Uniéndose al grupo que forman en el fondo Manolita, Paquita y Clotilde.) ¿Pero cómo es posible que este hombre sea diplomático?

PAQ. Pues lo es. Papá le ha conocido en Portugal de primer secretario. (Siguen hablando.)

TELMO (Sale por la izquierda en alpargatas, con bastón de alpinista y un ancho pavero sujeto a la barba con una cinta.) Buenas tardes, señores.

MIR. (Levantándose.) Caramba, comandante. (Acercándose al grupo del fondo.) Niñas, aquí está ya don Telmo.

VILL. Siéntese aquí, don Telmo. (Se une al grupo del foro.)

CENT. Venga usted aquí, don Telmo: que usted es de los míos.

TELMO (Sentándose.) Quizás tenga usted razón. Sólo así se comprende que nos aislen. Porque usted no se ha dado cuenta, amigo Centeno, pero nos aislan. A usted, acaso sea porque muerde, pero a mí... yo que con las solteras soy un hombre efusivo al par que mirado. ¡Yo que he venido aquí a ver si me caso por las buenas!...

CENT. ¿Usted? No sabía...

TELMO Sí, señor. Mire usted. En Valladolid hay cada señora casada que tumba... pero esto es muy largo. El final del cuento es que yo he

pensado seriamente en el casamiento como único modo de cumplir un voto. Porque, claro, en cuanto una chica soltera se case conmigo, ya es casada; y si alguien le pone los puntos lo tuesto a tiros, y así yo experimentaré la sensación del marido que... y, claro, no querré para otros lo que para mí no quiero, y entonces no osaré poner los ojos en ninguna cónyuge y viviré tranquilo, y Santiago y yo fraternales camaradas. Veo que no se ha enterado usted.

CENT. Algo embrollado está eso, pero el fin es que usted pía por el Himeneo.

TELMO Pío.

CENT. Pues ahí tiene usted a Clotildita, que está por usted, y es una muchacha que vale muchísimo.

TELMO Sí, pero...

CENT. No es por ahí, ¿eh?

TELMO No, señor.

CENT. Pues me quita usted un peso de encima, porque yo... vamos, no sé si es la ociosidad o el sulfuro de las aguas; pero Clotildita me llena, y como ella habla mucho de usted... yo creía que usted... y no me decidía; pero en vista de lo que usted me dice...

(En este momento ríen a carcajadas todos los del grupo del fondo.)

REF. Apostaría a que ya están contando cuentos picarescos. ¡Ese Tortuero!... (En tono de amable reproche.) ¡Tortuero!... ¿Ya estamos otra vez?

TORT. Es el del gallego, doña Refugio.

REF ¡Qué horror! (Ríe.) Niñas, no tomarlo por donde quema. (Vuelven a reir.) ¡Son más inocentes!... De fijo se ríen por lo del corcho, y no es por ahí, no es por ahí...

SEB. ¿Cómo es el cuento?

TEOD. ¿A ver?

(Siguen hablando en los dos grupos.)

CENT. (A don Telmo.) El día que yo empiece a contarles cuentos de los que sé, se van a poner encarnadas, porque sé algunos... Sé uno de un obispo y de un cura y de un ama... (En este momento ríen a carcajadas en los dos grupos y coincide con esta risa la entrada en escena de AMPARITO y DON PACO.)

SEB. (Por los recién llegados.) ¿Eh?... ¿Gente nueva?...

REF Sí.

TEOD. ¿Habrán llegado hace un rato...?

REF. Niñas, no escandalizar...

MAN. Pero mamá, si es que... (Al ver a don Paco y Amparito corta la risa.) Miren, miren ustedes... (Todos miran a Amparito.)

MIR. ¡Caramba! Hay novedades.

TORT. Sí; han llegado hace media hora.

MAN. No vale nada.

CLOT. Lo que se dice nada.

PAQ. Muy cursilita.

MAN. Y talludita.

VILL. Poquita cosa.

MIR. No me gusta.

TORT. Ni a mí.

TELMO (A Centeno.) Deben ser padre e hija o tío y sobrina. ¿Qué, no le gusta a usted?

CENT. ¿A mí? (Por Clotilde.) ¿Estando ahí esa pirámide de Egipto, que me la comía a bocaos? ¡A mí! ¡A mí!

TELMO ¡Claro!.. Pero a mí esa nueva me gusta, amigo Centeno, me gusta... Tiene un no sé qué en los ojos, que... Vamos, me gusta. (Se arregla el bigote, etc., etc.) ¡Ya lo creo que me gusta!

AMP. (Que se ha sentado con su tío ante una mesita en primer tdrmino y frente a la que ocupan Centeno y don Telmo.) ¿Está usted viendo, tío? Hemos llamado la atención un instante, y luego nada. Nadie se ocupa ya de nosotros.

PACO Ya se ocuparán. Tengo mi proyecto, y ya se ocuparán. Comprenderás, querida sobrina, que no voy yo a estar aquí pagando cincuenta pesetas diarias para hacer el canelo. Nosotros nos vamos de aquí con un pollo de éstos, o hago yo trizas mi ejecutoria. De algo han de servirme a mí los años. Sé yo mucho de la vida, Amparito.

AMP. Usted sabrá mucho de la vida; pero yo sé que no tengo gancho. Ya verá usted como no me invitan a esa excursión que tienen organizada. ¿No dice la camarera que el más antipático de todos es un tal Centeno, que disuelve todas las reuniones? Pues verá usted como ¡ni ese! se dirige a mí.

PACO (Exaltado.) ¡Eso tendría que ver! Cincuenta pesetas de pensión y... ¡Naranjas! (A Conchita que entra en escena.) Oiga, camarera...

CON. Diga usté, señorito.

PACO ¿Quién es el señor Centeno, ese de quien nos habló usted antes?

CON. Aquel... (Indica dónde está.)

PACO Gracias. ¡Ah! Tráigame el libro de registro...

CON. Sí, señor; ahora mismo... (Vase por la izquierda.)

AMP. ¡Qué feo es el tal Centeno, tío! Pero en fin, voy a ponerle los puntos, verá usted como no se fija... (Empieza a jugar los ojos y a hacer mohines que no ve Centeno. En cambio don Telmo, que no quita ojo de ella desde que entró, cree que los mohines son para él y salta en su silla.)

TELMO (Muy contento) Centeno... amigo Centeno.

CENT. ¿Qué?

TELMO Que le estoy gustando a la nueva... (Rompe a hacer mohines de una manera loca.)

AMP. No me ve, tío. En cambio, el otro... ¡Ay, qué señor tan nervioso!

PACO Estará aquí curándose. Aquí vienen muchos neurasténicos.

AMP. Pues ese está incapaz. Y lo peor es que contagia...

(Hacen los dos muchos visajes.)

CLOT. (Por Amparo y don Telmo.) ¡Jesús, hija, y qué fresca!...

MAN. ¡Qué atrocidad!

PAQ. ¡Se están acribillando!

CLOT. ¡Vaya una señorita!

TORT. Sí, parece algo alegre... ¿La invitamos a la jira? ..

VILL. No, hombre, no.

CLOT. De ninguna manera.

TODOS No, no.

TORT. ¡Bah!

CLOT. ¡Dios mío!... ¡Don Telmo con los ojos en blanco!... A mí me va a dar algo, Paquita...

(Quedan hablando y observando.)

PACO Mujer, ponte en pie, da un paseíto con el achaque de que la camarera no viene; que te vean...

AMP. Sí; pero es que...

PACO ¿Qué?...

AMP. ¡Ay, tío! Que ese señor de los guiños me tiene nerviosísima...

PACO Anda, anda...

AMP. Para que vea usted que por mí no queda, allá voy. (Se levanta, y mientras se arregla un poco la falda y el peinado, dice don Telmo a Centeno.)

TELMO Centeno, amigo Centeno.

CENT. ¿Qué?

TELMO Esa mujer es para mí o me corto las venas. Acá viene... (Al pasar Amparo junto a él recita enternecido y entusiasmado.)

Hoy la he visto, la he visto y me ha mi-[rado;
hoy creo en Dios...

AMP. (¡Ave María Purísima, quién me ha ido a resultar becqueriano!) (se asoma al lateral izquierda.)

CON. (Sale por la izquierda con el libro registro del hotel, acercándose a don Paco.) Aquí tiene usted.

PACO (Llamando.) ¡Amparo!... ¡Amparito!... Ven aquí.

(Amparo se acerca pausadamente.)

TELMO (¡Amparo! Se llama Amparo.)

CLOT. Amparo; vaya un nombre cursi...

TORT. ¡Amparo! ¡Pschs!... A lo mejor lo escribirá con «h».

PAQ. ¡Jesús!...

PACO (A Conchita por el libro.) Aquí, ¿no?

CON. Sí, señor.

PACO Perfectamente. (Escribe.)

TELMO Amigo Centeno; para mí, o me corto las venas.

CENT. (Por Clotilde.) Pues yo me apodero de esa mujer o me pincho los ojos... ¡Aum!... (Muerde.)

TORT. (En su grupo.) Ahora lo sabremos; con pedirle el libro a Conchita...

VILL. Verdad. Anda.

TORT. Espera...

PACO (A Conchita, dándole el libro.) Tome usted.

CON. Muchas gracias. (Se separa de él y lee a hurtadillas.) (¡Qué atrocidad!)

TORT. Oiga usted, Conchita: hágame el favor...

(Conchita se acerca.)

PACO (A Amparo.) Hija mía, prepárate a tener los pretendientes por docenas. Acabo de poner el cebo; porque tú tienes gancho y anzuelo; pero para la pesca, a más de anzuelo, hace falta la carnaza.

AMP. ¿Y qué ha hecho usted, tío?

PACO Una barbaridad; pero son cincuenta pesetas de pensión y hay que acabar pronto. (Hablan.)

TORT. (Con el libro y en la mano haciendo aspavientos.) ¡Francisco Molina Vergara y esposa! ¡Es decir, que son matrimonio!
CLOT. ¡Qué barbaridad!
VILL. ¡Casada!
MIR. ¡Casada!
MAN. Pero si él puede ser su abuelo.
PAQ. ¡Infeliz!
TORT. ¡Desgraciada!... ¡Una criatura!... ¡Casi una niña!... (Tortuero, Miranda y Villarín se estiran, se acicalan, empiezan a «timarse» con Amparito.)
CON. Si se ven unas cosas en estos balnearios... (siguen hablando y mirando a Amparito. Conchita se va.)
PACO (A su sobrina, muy contento.) ¡Cómo muerden, cómo muerden!
AMP. (Apuradísima.) ¡Ay, tío, qué vergüenza!... ¿Qué ha hecho usted, tío? ¡Jesús, Dios mío!...
PACO Ya verás, ya verás.
CLOT. (Que se ha acercado a doña Refugio, don Sebastián y don Teodoro.) ¡Casada, sí señora, casada!
REF. ¡Qué barbaridad! ¿Qué le parece a usted el viejo?
SEB. Un tío de suerte. (Se acicala y estira también.)
TEOD. ¡Pero si ella es una criatura!... (Lo mismo.)
PAQ. (Acercándose a ellas.) ¿Te has enterado, mamá?
REF. Sí, hija mía. ¡Qué espanto!
MAN. (Idem.) ¿Has visto qué disparate?
TORT. (A Villarín y Miranda.) Y es preciosa, ¿eh?
VILL. ¡Brutal!
MIR. ¡Y que estará del viejo!...
TORT. Figúrate. Bueno, hay que invitarla, ¿eh?
VILL. Ya lo creo.
SEB. (Acercándose al grupo.) Me figuro que la invitarán ustedes.
TORT. ¡No faltaría más!
TEOD. (Acercándose.) ¿Qué, van ustedes a invitarla?
TORT. Sí; ahora mismo.
CENT. (A don Telmo.) Algo pasa, porque son una de cabildeos...
TELMO No sé, amigo Centeno; yo no tengo ojos más que para mirar a esa mujer, que me ha vuelto loco.
CENT. ¡Voy a ver! (Se acerca a Clotilde.) Oiga usted, ¿qué pasa que hay tanto apartijo?
CLOT. ¿Pero no lo sabe usted? (Indicando a don Paco y Amparo.) Que están casados.
CENT. ¡Caray! ¡Lástima de muchacha! (Siguen hablando.)

TORT. (Acercándose con Villarín, Miranda y don Teodoro a Amparo y don Paco.) ¿Señora?...

PACO (¡Ya pican, ya pican!)

AMP. ¿Qué?

TELMO (Levantándose celoso.) ¿Eh? ¿Qué es eso? (Se acerca un poco para escuchar lo que dicen.)

TORT. Bueno, hablo yo, porque aquí soy yo el que va y viene y arregla y organiza y lleva y trae, etcétera, etcétera... Yo soy Tortuero, para servir a usté... y a su esposo.

TELMO (Lívido.) ¿Eh?... ¡No!... ¡¡Santiago!!

TORT. Todos los agüistas nos consideraremos honradísimos si forma usted parte de una pequeña excursión en burro que hemos organizado ahí a la peña del Ermitaño.

AMP. Pues no sé si podré...

PACO (Muy socarrón.) Sí, mujer, sí, vé; no faltaría más. Yo me quedo aquí leyendo los periódicos.

AMP. Entonces, con muchísimo gusto.

TORT. Muy bien.

VILL. Encantados.

MIR. Agradecidísimos.

CENT. (A don Telmo.) Casada, comandante, ¿eh? Menuda proporción. Como yo pueda...

TLLMO (¡Casada! ¡Y se me ha metido en el corazón!... ¡¡Santiago!!...)

(Entra CONCHITA.)

CON. Señoritos, ahí están ya los burros.

(Gran alegría en todos.)

TORT. Vamos.

REF. ¡Niñas!

SEB. ¡Andando!

AMP. ¿Pero hay burro para mí? Porque como no habían ustedes contado conmigo...

TORT. Es verdad, pero... ¡Bah! Eso se arregla en seguida; puede usted ir con cualquiera de nosotros: a la grupa.

CENT. Conmigo.

TODOS ¡Conmigo!

TELMO No.

TODOS ¿Eh?

TELMO La señora puede disponer de mi burro porque yo no voy.

TORT. Perfectamente.

VILL. Muy bien.

MIR. Arreglado.

AMP. Pero... (A don Telmo.) Usted...

CLOT. El comandante se queda aquí conmigo muy a gusto.

TELMO El comandante se queda aquí hecho virutas, señora.

AMP. Pues no, señor; de ninguna manera. (Muy melosamente y enloqueciéndole.) Yo no consiento que por mí se prive usted de un rato tan agradable. Podemos ir en el mismo burro usted y yo.

TELMO Pero es que...

AMP. Si no es así no voy.

PACO Muy bien, muy bien.

TELMO En ese caso... (¡¡Santiago!!)

CLOT. Yo me animo también. ¿Hay quien me lleve?

CENT. Yo; esta vez el burro del molino no llega el primero. (Mordiendo al aire.) ¡Aum!...

TORT. Ea; pues andando.

TODOS ¡Vamos!

AMP. ¿Comandante?... (Se le agarra del brazo.)

TELMO (Tembloroso, nerviosísimo.) ¡Sí!... ¡No!... (Haciendo un verdadero esfuerzo.) ¡Un momento! .. (Todos se detienen.) Señora, en Valladolid hay cada señora que...

AMP. ¿Qué, comandante?...

TELMO (Entregándose.) No, nada... Vamos.. (¡Santiago, échame las dos manos, que me hundo!) (Inician todos el mutis.)

PACO (Muy contento, viéndoles ir.) ¡Muy bien, muy bien.)

AMP. (Muy melosa.) ¿Y qué me decía usted de Valladolid?...

TELMO Que... que en Valladolid... llamaría la atención el ver a un comandante de húsares montado en un burro y con un ángel a la grupa.

AMP. ¡Qué galante!

TELMO (Mordiendo, como Centeno.) ¡Aum!

AMP. (Extrañada.) ¿Qué?

TELMO Digo que «aun»... aun soy galante, señora. (¡Buena la has hecho, Santiago!)

PACO (Frotándose las manos, sin levantarse de su silla y mirando de reojo a don Telmo y a su sobrina.) Muy bien, muy bien..

(Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero

—

(Al levantarse el telón están en escena DOÑA REFUGIO, CLOTILDE, CONCHITA, PAQUITA, MANOLITA, DON SEBASTIÁN, DON TEODORO y MONSIEUR MENÚ. Este último es un francés que habla el castellano, pero se le nota que es francés. Todos, menos Menú, están indignados.)

REF. ¡Que escándalo!

SEB. ¡Qué atrocidad!

PAQ. ¡Hay que ser fresca!

MAN. Y desahogada.

CLOT. Y descocada, porque esa es la palabra: ¡descocada! ¡Citarse a las tres de la tarde con un muchacho en la Fuente de la Higuera!

TEOD. Y el marido en el limbo.

CON. El marido en el alero.

CLOT. ¡Toma! El marido en la higuera.

MENÚ ¡Ah! ¿Pero el marido estaba ya en la higuera?

CLOT. Es otra higuera, caballero. Sólo nos faltaba eso a las muchachas solteras: que vinieran las casadas a quitarnos las proporciones.

SEB. Bueno, ¿y se vieron en la fuente?

CLOT. Se vieron; pero don Telmo que andaba por allí casualmente se unió a ellos y les estropeó la combinación.

REF. ¡Este don Telmo es de una oportunidad!... Porque miren ustedes que lo del jueves... (Ríe.)

CON. ¿Lo del jueves?

CLOT. ¿Qué fué lo del jueves?

REF. Que estaba la muy coqueta hablando con ese pollo nuevo; ese que no puede pronunciar las emes...

CON. Don Ramón Ramos.

REF. Justo; bueno, pues le dijo, como la que no dice nada: esta tarde me la voy a pasar yo solita a la sombra del guindo que hay más allá de la peña.

MAN. ¡Uf! Qué romántica.

PAQ. ¡Qué cursi!

CLOT. Qué fresca dirán ustedes; porque, claro, el otro iría a buscarla... al guindo.

REF Naturalmente, y hasta empezó a declararse a ella; pero al intentar cogerla una mano, sintió que le caía una cosa dura en el sombrero; levantó la cabeza y vió que estaba don Telmo en lo alto del guindo leyendo el *A B C*. (Risas.)

CON. Bueno, a mí don Telmo me era muy antipatiquísimo, porque después de haberle yo contao mi historia y de haberle dicho que mi marido estaba en Filipinas, etc., etc., no me daba ni los buenos días; pero la otra mañana, que estábamos los dos solos en su cuarto, me contó lo de Valladolid y lo del voto, y vamos, don Telmo no me es antipático.

TEOD. ¿Y para qué nos habrá citado aquí?

SEB. Eso digo yo.

MENÚ (Mirando hacia la derecha.) ¿No es aquel que está allí observando con unos prismáticos?...

SEB. Sí.

TEOD. (Llamando.) ¡Don Telmo!...

(Todos miran.)

REF. ¡Qué raro! Parece que gesticula...

CLOT. Sí. ¿Le ocurrirá algo?

PAQ Ya viene.

MAN. Sí; pero viene corriendo.

CON. ¿Qué sucederá?

TELMO (Por la derecha, jadeante y con unos grandes prismáticos en la mano.) ¡A ver! Uno que tenga buena vista... Usted, monsieur Menú... (Le da los gemelos y le coloca nerviosamente.) Vea usted allá, a la entrada del pinar; junto a la fuente de los Gnomos... ¿Eh?

MENÚ (Mirando con los prismáticos.) Sí.

TELMO ¿Quién es?
MENÚ Pues una señora de la que estábamos aquí hablando.
TELMO Amparo...
MENÚ Sí, señor.
TELMO ¿Con quién está?
MENÚ Con... con ese que es de Córdoba y le molesta el sol.
TELMO (Saltando) ¡Tortuero!...
MENÚ Y que están bastante... ¿eh? No sé si van del brazo...
TELMO (Disponiéndo a echar a correr.) Voy.
MENÚ No, no van del brazo... (Don Telmo se detiene.) Pero...
PAQ ¿A ver?
MAN. Yo primero.
REF. (Enérgica.) ¡Niñas!... (Tomando los gemelos.) Primero las personas mayores. (Observa.)
TELMO (Mirando hacia la izquierda.) Aquel es Ramos, ¿no?
CLOT. (Que está junto a él mirándole tiernamente, como siempre.) Sí, Ramos.
TELMO (Llamando.) ¡Señor Ramos!... ¡Señor Ramos!...
CON. (Que desde el foro, como todos los demás, mira en la dirección marcada por don Telmo al principio.) ¡Bah! No hacen falta gemelos, se les ve a simple vista.
RAMOS (Por la izquierda. Como se ha indicado es un pollo, y como también se ha indicado no puede pronunciar la letra eme.) ¿Ne llanaba usted, don Telno?
TELMO Hombre, sí, le estaba buscando, porque me dijo hace un rato la señora de Molina que deseaba hablar con usted para organizar no sé qué cosa, y que le aguardaba ahí en... en la fuente de los Gnomos.
RAMOS En la fuente de los Gnonos... pues voy corriendo, porque también a ní ne interesa nucho el verla. ¡Cono es tan ronántica y a ni ne gustan las ronánticas!... Nuchas gracias, don Telno... (Se va disparado por la derecha. Don Telmo al verlo marchar suspira como si le quitaran un gran peso de encima.)
TELMO (A Clotilde.) Es mentira, ¿sabe usted? Ella no quiere verle; pero ahora llega éste, y claro, estando ya con dos no hay peligro.
CLOT. (Entusiasmada.) ¡Oh! Es usted un santo, Telmo...
TELMO ¡Por Dios!

CLOT. Sí; un hombre ideal y un gran caballero. Sabe usted conservar como nadie el calor de la amistad. Con razón digo yo muchas veces: ¡qué Telmo tan grande!...

TELMO ¡Gracias, Clotildita, muchas gracias!... (*A los demás.*) Señores, un momento. (*Todos se acercan.*) Ya supondrán ustedes para qué les he citado en este sitio. Precisa que cambiemos impresiones y que resolvamos. Lo que sucede es verdaderamente escandaloso.

REF. Alude usted a la conducta de la señora de Molina, ¿no?

TELMO Justo. A todos nos consta que la señora de Molina está al borde del abismo; más claro, está, como vulgarmente se dice, «si cade o no cade.»

CON. Sabe Dios si ya habrá cadido.

TELMO (*Rápidamente.*) ¡No!

TODOS ¿Eh?

TELMO Hace ocho días que yo no como, ni duermo, ni vivo, y he logrado evitarlo. No ha permanecido ni un minuto a solas con nadie.

TODOS ¡¡Oh!!

TELMO ¡Me vanaglorio de haberle estropeado todas las combinaciones, todas! Pero llevo ocho días sin descansar, estoy ya sin fuerzas; si desean ustedes impedir la caída de esa mujer es necesario que nos turnemos en su costodia: no dejándola sola con nadie ni un momento no hay peligro.

CLOT. ¿No sería mejor advertir al marido? Porque así el propio marido la vigilaría.

MENÚ ¡Oh! No, no es de buen gusto, señorita. Turbar su tranquilidad... A los maridos no hay que decirles nada nunca. Lo agradece uno más. A mí, al menos, siempre que alguien me ha dicho: «su mujer de usted le engaña»... me ha producido cierto malestar...

CLOT. (*Horrorizada.*) ¡Jesús! Piensa usted de un modo... (*Risas dentro.*) ¿Eh?

CON. (*Mirando hacia la derecha.*) ¡Ella!

TELMO ¿Viene con los dos?

CON. ¡Con los dos! Con toda la pollería del balneario, como siempre.

TELMO Dejadme con ella; les aseguro a ustedes que va a oirme.

CLOT. Pero...

TELMO Aguardadme en el salón de lectura.

(Nuevas risotadas dentro.)

PAQ. (Haciendo mutis por la izquierda.) ¡Qué ordinarios!

MAN. (Idem.) ¡Qué soeces!

REF. (Idem.) Parece mentira. (A Sebastián.) Vamos, marido.

SEB. (Idem.) Es una mujer...

TEOD. (Idem.) ¡Oh! (Vuelven los dos la cabeza, la miran y suspiran.) ¡Qué mujer!

SEB. ¡Qué mujer!

(Se van.)

CON. Bueno, una critica, porque esa es la costumbre; pero hay que ponerse en el caso de ella. Casada con un viejo... Yo creo que después de todo hace bien. (Se va por la izquierda.)

TELMO ¡Y la traen en la sillita de la reina! ¡No! ¡Eso es demasiado!

(Por la derecha entran en escena, riendo y alborado, AMPARITO, TORTUERO, VILLARÍN, MIRANDA y Tortuero y Miranda traen a Amparito sentada en la sillita de la reina.)

VILL. Ahora yo.

RAMOS ¡Yo, yo!

MIR. ¡Protesto!

TORT. No, si no me canso. Subo, bajo, corro, brinco y no me pesa. ¡Soy de Córdoba! (Al ver a don Telmo cortan la risa, y el que más y el que menos pone cara como de meterle mano.)

VILL. (¡Er ceniso!)

MIR. (¡Er lechuzo!)

TORT. (¡Er tío este, mar tiro le den!)

RAMOS (¡El bronista!)

AMP. (Hacía ya media hora que no le veíamos.)

TELMO (Seriamente.) Muy buenas tardes.

(Todos le contestan con un gruñido.)

AMP. En la sillita de la reina, don Telmo.

TELMO (Tragando bilis.) Ya, ya... pero es una sillita que tiene una pata...

TORT. Con el permiso de ustedes. (Deshace la sillita, baja Amparo, se acerca a don Telmo y se lo lleva a un extremo de la escena.) Un momento.

TELMO Usted dirá.

TORT. (Con marcada rabia.) Usted es comandante de Caballería y yo soy Abogado del Estado. Usted tiene cincuenta años...

TELMO Cuarenta y dos, caballero.

TORT. Usted tiene cincuenta años y yo veintinueve.

TELMO Le repito que cuarenta y dos. Lo que me ocurre es que como he vivido mucho...

TORT. Celebro que haya usted vivido mucho, porque así le costará menos trabajo el hacerse a la idea de que ha vivido todo lo que tenía que vivir.

TELMO ¿Qué quiere usted decirme con eso?

TORT. Que a mí, como se me interponga un Comandante lo asciendo, porque más de una estrella ve.

TELMO Pues como a mí me estorbe un Abogado del Estado lo asciendo también, porque salta del estado corriente al estado gravísimo.

TORT. Le advierto a usted que yo soy de Córdoba y lo he jurao.

TELMO Y yo de Elche, y tengo diez dátiles.

TORT. De esto hablaremos luego.

TELMO Sí, señor. (Se separan.) Señores, tengo que conversar un instante con esta señora, digo, si ella no tiene inconveniente.

AMP. ¡Por Dios, Comandante! (A los demás.) Si quieren ustedes aguardarme en la galería continuaremos organizando la excursión de esta tarde.

MIR. ¡Ya lo creo!

AMP. El Comandante me entretendrá muy poco tiempo, el necesario para ir hasta la primera fuente y beber un vaso de agua, ¿verdad? (Don Telmo se inclina. Insinuante.) Los dos solitos... ¡solitos!...

TELMO ¡Santiago!

AMP. Hasta luego. ¿Vamos?

TELMO ¡Vamos!

RAMOS (A don Telmo.) Un nonento.

TELMO (¡Este imbécil!...)

RAMOS Ne ha tonado usted el pelo, y a Ranón Ranos no hay quien le gaste bronas, porque yo no soy nanco; yo tengo dos nanos, y le neto al prinero que ne noleste dos nanporros en los nofletes y le dejo para un nes de cana.

TELMO ¿Qué dice usted?

RAMOS Que el que a ní ne tone el pelo tiene un nes de cana.

TELMO Bien, bien; ya hablaremos...

RAMOS Sí, señor, y nucho ojo, porque cuando yo ne pico voy al terreno de las arnas.

TELMO De la sarna... ¡¡Rásquese!! Vamos, señora. (Se van don Telmo y Amparo por la derecha.)

VILL. Bueno, señores, contra ese tío hay que tomar una determinación. Eso de que no nos deje en paz...

TORT. Eso corre de mi cuenta.

RAMOS Y de la nía. A ní no ne zarandea ni ese conandante ni el ninistro de Narina.

MIR. Muy bien hablado.

TORT. Bueno, ocupémonos de lo que más interesa. ¿Quién entretiene esta tarde al marido?

MIR. Centeno.

TORT. No, hombre. Centeno lleva ya tres horas con él jugando al besigue.

MIR. ¿No hay ningún voluntario heroico?... ¡Eh, amigo Ramos!

RAMOS ¿Yo? ¡Quiá!... Que ayer ne tocó a ní la china, y encina de no ir a la Ernita con ustedes ne ganó el narido al nús diez y ocho pesetas. El tal narido ne está resultando a ní un fresco.

TORT. Bueno, lo echaremos a la suerte. Al as de oros, ¿os parece?

VILL. Sí.

TORT. Pues vamos.

MIR. Vamos. (Se van por la izquierda primer término.)

PACO (Por la izquierda, último término.) Al as de oros... No está mal. La verdad es que no puedo quejarme. Me divierten a la chica, me divierten a mí, y por si fuera poco les gano el dinero. Ahora, que el papelito que estoy haciendo... ¿Dónde estará Amparito? (Mirando hacia la derecha.) ¿Eh? ¿Con el Comandante? Bueno, a este posma le voy yo a tener que decir algo. Nada, que en cuanto está la pobre muchacha cazando a un pollo llega el tío este y lo espanta... Ya lo cogeré yo a él solo y le diré cuatro palabritas. Ahora me daré mi paseíto, porque tres horas y media de besigue cansan. Claro que le he ganado a Centeno veintidós pesetitas... (Haciendo mutis por la derecha, primer término, sonando el dinero que ha ganado y que lleva en la mano.) No voy mal; no voy mal. (Vase.)

(Por la derecha, último término, entran en escena AMPARO y DON TELMO.)

AMP. (Sale riéndose, como huyendo del Comandante.) ¡Graciosísimo!

TELMO (Detrás.) (Santiago!) ¡Señora!

AMP. (Muy coqueta casi echándose encima de él, muy insi-

nuante y muy melosa.) Pero venga usted acá, hombre de Dios. Está usted haciendo los imposibles por hacerse antipático, y conmigo no lo logra usted. ¿Por qué me persigue usted de esa manera? (En romántica.) Vamos a ver. (Muy quedo.) Aquí va a ser. En esta soledad. ¡Qué lástima que no haya luna y que no suene a lo lejos la campana de la Iglesia, la vó de un desairao que canta su soleá y las esquilitas de un rebaño. Comandante: ¿es que se ha enamorado usted de mí? (Cogiéndole una mano.) ¿Tiembla usted, Comandante?

TELMO Señora, ya le he dicho que tengo hecho un voto a mi excelso Patrón...

AMP. (Tristemente.) Pues sea usted bueno. Si el voto se lo impide, déjeme. Se lo pido con lágrimas en los ojos. Déjeme. No sea usted el perro del hortelano. ¿Verdad que va usted á ser muy bueno? ¿Sí?

TELMO Señora, que estoy llorando.

AMP. (Emocionadísima.) ¡Gracias! (Apretándole muchísimo las manos.) ¡Gracias! Si tuviera usted más edad me lo comía a besos. ¿Llora usted?

TELMO (Acongojado.) Señora, no sabe usted lo que siento haber nacido tan tarde.

AMP. (Volviendo rápidamente a su alegría.) ¡Uy qué gracioso, uy qué gracioso! Quedamos en que me dejará usted gozar de la libertad que mi marido me concede.

TELMO Es que si su marido de usted supiera el uso que hace usted de ella...

AMP. No se preocupe usted. ¡No haré nada malo! (Muy alegre) Gracias, gracias. Beso a usted la mano, caballero. (Medio mutis por la izquierda.)

TELMO (Furioso.) ¡No! ¡A la sillita de la Reina, no! Bien está que una señora diga, por rúbrica, beso a usté la mano, caballero; pero de eso a sentarse en la mano del caballero, va un mundo. ¡Y yo, no, no y no!

AMP. (Decidida y volviéndose a él indignada.) ¡Basta! Oígame usted, Comandante. Por última vez, le voy a hablar con entera franqueza, para que desista de celarme. (Acercándose muchísimo.) ¡Míreme usted bien!

TELMO (¡Santiago!)

AMP. Yo he venido aquí a buscar a un hombre que me quiera, que me dedique por completo su vida.

TELMO (¡Santiago!)

AMP. Son treinta años y un alma becqueriana y una primavera de fuego...

TELMO ¿Y ese hombre?...

AMP. ¿Eh?

TELMO ¿Lo ha encontrado usted ya?

AMP. ¡Pchs! ¡Quién sabe!

TELMO (Tembloroso.) ¿Tor... tue... ro?...

AMP. ¿A usted qué más le da?...

TELMO (Enloqueciendo poco a poco.) ¡Amparo!... ¡Amparo!... No me vuelva usted loco.

AMP. ¿Eh? ¿Pero usted?

TELMO ¡¡Señora!!...

AMP. (Burlona.) En Valladolid hay cada señora casada que tumba...

TELMO (Estallando.) ¡No! ¡No!.. ¡Santiago... déjame!

AMP. ¡Don Telmo!

TELMO Yo la quiero a usted, Amparo; yo la quiero a usted locamente, frenéticamente...

AMP. ¡Santiago!

TELMO ¡No se burle usted!

AMP. Pero...

TELMO Escúcheme usted. Tengo cuarenta y dos años, soy rico, soy independiente, soy simpático, porque don Telmo no es antipático. — Tengo salud, soy vehemente y estoy dispueto a dedicarle mi vida. ¿La acepta usted?

AMP. Caballero no olvide que soy una mujer casada.

TELMO (Saltando.) ¡No! Incongruencias, no; mofas no; porque yo mato a Tortuero y mato a su marido de usted y la mato a usted y me mato yo.

TORT. (Que ha entrado en escena por la izquierda y se ha sentado sobre la mesita.) ¡Caramba! (Don Telmo queda de una pieza.) Apelará usted a los gases asfixiantes, ¿no? Porque tantas muertes...

TELMO ¡Caballero!...

TORT. Señora, le suplico que nos deje solos un momento.

AMP. ¡Ay, Dios mío!...

TORT. No tema; no hemos de enredarnos como dos chicos. Ni tampoco su nombre ha de ir envuelto en esta cuestión. Se lo prometo... por lo más sagrado que hay para mí en el mundo: ¡por mis hijos! (Amparo lo mira con la boca abierta.) Hasta luego, señora.

AMP. (¡Casado!... ¡Es casado!... Y me decía... Bueno, es dificilísimo encontrar un hombre con

vergüenza. ¡Anda y que se maten!) (Se va por la izquierda.)

TORT. De manera, señor moralista...

TELMO Huelgan las palabras y los comentarios, señor Tortuero. Nombre usted a dos amigos que se entiendan con los que yo designe y listo.

TORT. Perfectamente, pero como tenemos que justifcar de alguna manera los motivos de este encuentro...

TELMÓ Tiene usted razón; no podemos batirnos por una mujer casada.

TORT. Si a usted le parece apelaremos a la política; una discusión acerca de Romanones o de Dato...

TELMO No lo creerían. Es inverosímil que nadie exponga su vida ni por el uno ni por el otro.

TORT. Tiene usted razón.

TELMO Es necesario que el motivo tenga por sí bastante interés para que nadie pretenda buscar una segunda causa.

TORT. Entonces podemos batirnos por otra mujer que no sea la señora de Molina.

TELMO ¿Eh?

TORT. Hemos hablado de... Clotilde, por ejemplo: yo me he expresado en términos algo despectivos y usted que siente por ella una gran simpatía la ha defendido; nos hemos enzarzado y...

TELMO Perfectamente.

TORT. Ya ve usted que en esta comedia me reservo el papel más desairado.

TELMO Eso le honra.

TORT. ¿Conforme pues?

TELMO Conforme.

TORT. (Inclinándose.) ¿Caballero?

TELMO (Idem.) Beso a usted la mano. (Vase Tortuero por la izquierda.) ¡Nada! Estoy decidido. Mato a Tortuero y mato al marido y la mato a ella y me mato yo y mato a Santiago. Esa mujer y el agua sulfurosa y la primavera me han vuelto loco; completamente loco. Me siento capaz de arrollarlo todo. No soy un hombre: soy un «tanke».

PACO (Por la derecha.) Caramba, el Comandante. Que ocasión para decirle...

TELMO (Viéndole.) ¿Eh? (Se estremece.)

PACO ¡Señor don Telmo!...

TELMO Para servir a usted, señor Molina.

PACO Hombre celebro que esté usted solo porque deseo decirle cuatro palabras sin testigos. (Don Telmo se inquieta.) Siéntese usted.

TELMO (Sentándose.) (¿Sospechará?...) Usted me dirá señor Molina.

PACO No crea usted que se dice con facilidad lo que yo pretendo decirle; pero en fin usted es un hombre de mundo y una persona de claro talento y sabrá comprender plenamente lo que yo delicadamente le insinúe.

TELMO Le escucho, señor Molina.

PACO He podido observar, señor Comandante, que siempre que Amparito se va acompañada por algún caballero que no sea yo, usted la... vamos los... Es decir que usted como si velase por ella, la .. ¿Me comprende usted?

TELMO Plenamente.

PACO Yo, señor mío, dejo a Amparito en completa libertad porque tengo en ella fe absoluta y como, vamos, parece que usted me suplanta en lo que atañe a la vigilancia, deseo saber qué móviles le impulsan a celár a una persona sobre la que no tiene derechos de ninguna naturaleza.

TELMO (Hecho un taco.) Pues... Yo... Es que... Claro, no... Porque sí. . Como la...

PACO Hablo a un hombre de honor y espero que el hombre de honor me conteste sin titubeos.

TELMO Para contestarle, caballero, necesito que me diga usted los años que tiene.

PACO (Extrañado.) ¡Hombre!

TELMO Es imprescindible.

PACO No sé que relación podrá tener una cosa con la otra, pero en fin, sea: voy a cumplir los sesenta años el próximo lunes 25.

TELMO (Levantándose.) De modo que aún no es usted sexagenario.

PACO (Boquiabierto.) No señor.

TELMO ¡Entonces!... (Respira satisfecho.) Caballero, acaba usted de devolverme la vida.

PACO (Está para una camisa de fuerza.)

TELMO Yo tenía ahora mismo sobre mi conciencia dos espantosos remordimientos; uno el haber infringido un voto que hice a Santiago mi patrón.

PACO (Rematado.)

TELMO Y otro, el haberlo infringido en condiciones demasiado ventajosas para mí; porque yo que he sido siempre vapuleado por los maridos, desde mis tiempos de Valladolid donde hay cada señora casada que tumba, veía ahora que el marido de tanda no lo era de tunda por carecer a mi juicio de las energías necesarias para defenderse, pero ¡ah! el marido no es sexagenario, el marido puede batirse, puede matarme; yo no habré cumplido con Santiago, pero si con Amadis y con las leyes de los caballeros.

PACO (¿Pero que dice este hombre?)

TELMO Señor de Molina...

PACO ¿Qué pasa?

TELMO Yo tengo cuarenta y dos años.

PACO Cincuenta.

TELMO ¡Cuarenta y dos, porra! Soy rico, soy independiente y me he jurado a mí mismo consagrar mi existencia a una mujer a la que me está vedado amar... Ya comprenderá usted a que mujer aludo, no me obligue usted a ser más explícito.

PACO No, no señor; yo no le obligo a usted a nada. (Este tío se ha enamorado de Amparito.)

TELMO Después de lo insinuado caballero ..

(Como una tromba entra en escena Centeno por la izquierda; viene demudado, livido, nerviosísimo.)

CENT. Señor... Comandante...

TELMO ¿Eh? ¿Qué le ocurre, amigo Centeno?

CENT. Señor Comandante... Acaba de buscarme ese zascandil de Tortuero y hemos sostenido este diálogo, frase más frase menos... El. —Amigo Centeno: necesito que me apadrine usted; voy a batirme con don Telmo.—Yo.—Caray, ¿y eso?—El.—Nada: una futesa; que yo le hablé mal de Clotilde y él por lo visto la quiere y hasta se entiende con ella y... con ese motivo... Yo.—¿Y qué le dijo usted de Clotilde?—El. — ¡Que era idiota!—Yo. ¡Paf! una bofetada. El.—¡Paf! otra a mí.—Yo. —¡Aum! un bocado. Rodamos, nos separan, me levanto, me sacudo, me enjuago la boca y... ya se figurará usted a lo que vengo.

TELMO Sí, señor.

PACO Si a mí me necesita usted también para apadrinarle...

CENT. No se trata de eso.

TELMO ¿Eh?

CENT. Usted sabe, señor Comandante, que Clotilde es mi norte. Se lo he dicho cien veces.

TELMO ¿Y bien?

CENT. Y bien. ¿Es cierto que ustedes se entienden?

TELMO No.

CENT. Entonces... ¿Por qué se bate usted por ella?... (Don Telmo no contesta. Pausa.) ¿Calla usted?

TELMO No tengo que dar a nadie explicaciones de mis actos, caballero.

CENT. ¡Ah! No quiere usted habérselas conmigo... Desea usted evitar la cuestión... Tiene usted miedo... ¡¡Cobarde!!

TELMO (Saltando como un león.) ¿Yo?... ¿Miedo yo?... ¿Cobarde Telmo Buitrago?... Caballero... Arrojar a usted un guante me parece poco; le arrojo los dos... y el borsalino. (Le tira a la cara los dos guantes y el sombrero.)

CENT. (Digno.) Perfectamente: eso anhelaba. Recojo las prendas y a cambio de ellas le enviaré dos amigos.

TELMO Los aguardo impaciente, caballero.

CENT. Buenas tardes.

TELMO Buénas tardes. (Vase Centeno por la izquierda.)

PACO (Caramba, se le lleva el sombrero. Y ahora resulta que de quien está enamorado es de Clotilde. Bueno, este tío no tiene la cabeza bien atornillada.)

TELMO Ya lo ha oído usted señor, Molina; tengo que batirme con Tortuero y con ese otro mentecato, pero antes no tengo inconveniente en matarme con usted.

PACO ¿Conmigo? ¡Hombre! ¿Quiere usted callar? Conmigo está usted siempre cumplido.

TELMO Es que...

PACO Nada, nada.

TELMO ¿Pero tan obtuso es usted que no me ha comprendido? Le dije y le repito que yo quiero a una mujer casada.

PACO ¡¡Hola!!

TELMO Me estorba el marido.

PACO ¡Caramba!

TELMO Y como yo no sé herir en las sombras, sino cara a cara... aguardo la llegada de los amigos que usted me envíe y le prometo respetar sus condiciones por graves que sean.

PACO (¿Qué te parece? Si yo estuviera casado de verdad menudo disgusto me daba este tío.)

TELMO (Perplejo.) (Es que no comprende o es miedo... Tendré que excitarle.)

PACO De manera que no es Clotilde a quien usted quiere sino a Amparito.

TELMO (Gallardamente.) ¡Sí!... A su esposa... ¡Sí! ¡Y se lo he dicho!

PACO (Afectando cierta furia.) ¿Y ella? .. ¿Eh?... ¡Respondedme, caballero!

TELMO Ella... (Le excitaré.) Ella, ¡me adora!

PACO (Hecho un león.) ¡¡Ah!!

TELMO (¡Caray!)

PACO (Furiosísimo.) Caballero... si es cierto que usted la quiere y que ella le corresponde .. (Muy enérgico.) busque usted a un sacerdote.

TELMO (Irónico.) ¿Va usted a matarme?

PACO (Disponiéndose a hacer mutis.) Yo le aseguro que habrá padrinos y habrá testigos.. y que le hará falta un sacerdote. (Vase por la izquierda pegándose con su sombra.)

TELMO (Muy enérgico.) Sí: he hecho bien; nada de traiciones. Nobleza. Cara a cara, frente a frente. Don Suero de Quiñones hubiera hecho otro tanto.

CLOT. (Por la izquierda. Viene como loca.) ¡Telmo!... ¡Telmo! ¡Gracias! ¡Mil gracias!

TELMO ¿Eh?

CLOT. (Trágicamente.) Sé que por defenderme como un héroe va usted a cruzar sus armas con Tortuero... Sé que me ama usted... ¡Sé que por amarme va usted a batirse también con Centeno! Pues bien...

TELMO Es que...

CLOT. Pues bien. No he de suplicarle que no se bata, porque sé lo que cumple a un militar y a un hombre de honor, pero vengo a decirle: «Telmo, yo le correspondo. ¡Sí! Me sonroja el confesarlo, pero le correspondo. No sé si podré impedir esos dos lances, pero si no pudiera... ¡Vea usted! (Saca un frasco cuentagotas.) Yo tomo diariamente esta pócima para curarme, ¡ay!, del insomnio. Una gota amodorra; tres, adormecen; veinte, matan como el rayo... Pues bien; si yo no logro impedir esos duelos, si usted se bate por mi causa y es herido... me mataré; lo juro.»

TELMO Clotilde... me duele decírselo, pero está usted equivocada... Yo no me bato por usted.

CLOT. ¡Qué noble, qué grande, qué heroico!... Pretende salvarme...

TELMO Señora, en serio; que yo... Me es usted muy simpática, pero no...

CLOT. No, no se mortifique. No me salva por eso. Si resulta usted herido ingeriré diez gotas y me mataré.

TELMO Señora, no se mate; amodórrese nada más.

CLOT. ¡Dios mío!... Una vez que el amor llega hasta mí... ¿por qué ha de llegar con el coturno de la tragedia?

TELMO (Anda y que te hilvanen)... (Se va por la izquierda.)

CLOT. ¡Padua bendito!... Si me iluminas, si me ayudas a impedir esos lances te ofrezco mi pelo... El tesoro de mis trenzas será tuyo. ¡Ah! Sí... ¡Los impediré!... (Se va por la izquierda.)

(Por la derecha entran en escena ROSA, LUISA, MANOLO y ENRIQUE. Traen sacos de mano, etc., etc.)

MAN. Vaya, estas quieren que les regalemos el oído.

ROSA No, hombre; no es eso. Es que me dá pena que la única semana que te tomas de vacaciones vengas a pasarla aquí, a este sitio tan aburrido.

LUISA Claro; es lo mismo que yo le he dicho a Enrique.

MAN. Pues hija, lo que yo quiero es aburrirme, porque aburrimiento es sinónimo de tranquilidad y eso es lo único que apetezco: un poco de tranquilidad. Un lugar como este, apacible, arcádico; donde no haya luchas ni rivalidades, ni enconos.

ENR. Eso: un poco de paz.

LUISA Pues aquí ya verás. Se pasan los días sin que una mosca vuele más alta que las otras.

ROSA Esto es una balsa de aceite.

MAN. Entonces, encantado, satisfechísimo.

ROSA Es extraño que no haya salido nadie a nuestro encuentro. ¿No habrán visto el coche?

LUISA Tortuero ha faltado a su palabra.

ROSA Míralo; ahí viene.

LUISA Es verdad. (Llamando.) ¡Tortuero!... (A Enrique.) Verás qué muchacho tan servicial y tan simpático.

ROSA ¡Oh! En cuanto llegue nos quita los cabás y carga con todo lo que traemos... Ya verás.

TORT. (Por la izquierda. Viene muy nervioso, como buscando a alguien.) ¡Oh! ¡Señoras!... (A Rosa.) ¿Qué tal?

ROSA Perfectamente, amigo mío. (Presentando a Manolo.) Mi marido.

TORT. Tanto gusto. (A Luisa.) ¿Y usted, cómo sigue?

LUISA Muy bien, muchas gracias. (Presentando a Enrique.) Mi esposo...

TORT. Tengo una verdadera satisfacción... (Mira a todos lados.)

ROSA ¿Pero qué le ocurre?... Le encuentro así como preocupado, y además tiene usted muy amoratado el carrillo...

LUISA Sí y muy hinchado ese ojo, y una pequeña herida en el cuello. ¿Se ha caído usted?

TORT. Quien se ha caído es ese bestia de Centeno, señora; porque antes de batirme con él le he de pisotear. Como si se tratase de un felpudo. Lo he jurao y yo soy de Córdoba.

ROSA ¡Cómo! ¿Un duelo?...

TORT. (A Manolo y Enrique.) Acaso necesite de ustedes, caballeros; porque ni Miranda ni Villarín entienden de estas cuestiones de honor. (Mirando.) Allí están.

MAN. Estamos a sus órdenes.

TORT. Mil gracias. Hasta ahora. Perdónenme, pero... Hasta después.

ENR. Hasta luego. (Se va Tortuero por la derecha como un potro loco.)

ROSA ¡Qué atrocidad! Un desafío.

LUISA ¿Qué habrá sucedido?

ROSA Aquí viene don Telmo; le preguntaremos...

LUISA Sí.

ROSA (Entra don Telmo por la izquierda. Viene también buscando a alguien.) ¡Comandante!

TELMO ¿Eh? ¿Quién? ¡Oh! Señoras... (Las saluda.)

LUISA Nuestros maridos...

TELMO (Saludándoles.) Muy señores míos... Con el permiso de ustedes voy a... que tengo que...

ROSA Oiga usted, ¿nos acaba de decir Tortuero que tiene un desafío pendiente?...

TELMO ¡¡Imbécil!! ¡Qué tiene él que contarle a nadie!... Pues sí voy a batirme con él y voy a matarle, pero antes he de matar a otro hombre.

ROSA ¿A otro?

TELMO Sí, señora; a otro, al señor Molina; lo he ju-

rado y soy de Elche. Perdonen, pero voy a... Tengo los nervios tan... Beso sus pies... Beso sus manos. (Vase.)

ROSA ¡Dios mío! ¡El pobre Molina!...

LUISA ¡El pobre don Paco!

MAN. Chica, a la balsa de aceite parece que le han echado un poco de vinagre.

ROSA No me lo explico.

(Entran en escena por la izquierda CENTENO y RAMOS.)

CENT. Nada; puesto que Villarín y Miranda han de representar a Tortuero y los dos viejos al Comandante, a mí tienen que apadrinarme el señor Menú y usted.

RAMOS ¿El señor Nenú? ¿Don Náxino?

CENT. Sí. Le agradeceré que le busque en mi nombre.

RAMOS Sí, señor. Ahora nisno. (Se va por la izquierda.)

ROSA Pero oiga usted, Centeno, ¿qué ocurre aquí? Acaban de decirnos que se bate usted con Tortuero...

CENT. Sí, pero ese duelo no me preocupa. Yo a quien deseo matar es al Comandante.

LUISA ¿Eh?

ROSA ¿Al Comandante?...

CENT. (Mirando hacia la derecha.) Perdón; un momento, con su permiso. Hasta luego. (Se va por la derecha.)

LUISA ¿No será todo esto una broma?...

CON. (Por la izquierda.) ¿Qué es esto, señoritas? ¿Pero cómo no me han avisado? Y es que no hemos sentido el coche. Claro, andamos de cabeza... (Cogiendo los sacos, etc., etc.) Para servir a los señoritos.

ROSA Mucho cuidado con este saco, Conchita, que van ahí dos termos...

CON. Sí, señora.

LUISA ¿Pero qué pasa aquí, Conchita?

CON. Calle usté, señorita, una esaborisión. Cuatro desafíos a muerte. Estoy que tiemblo toda por dentro. ¡Ay, Josú!... Y to por curpa de doña Clotilde. ¡Ya vé usté! Y ná, que se van a matá. Estoy viendo muerto a don Termo y al Tortuero y al otro, y tengo un miedo... (Suena un tiro lejos.) ¡Ya! (Pega un grito, abre las manos y deja caer los sacos.)

ROSA ¡Los termos!

CON. ¡Sí, don Termo es! (Mirando a la derecha.) No,

es un casadó. ¡Jesús y qué susto!... (Vuelve a recoger los sacos de mano.) Yo en una de estas la entrego.

LUISA. Bueno, pero díganos usted, Conchita...

CON. Pues verán ustedes; (Mirando hacia la izquierda.) dispensarme, que viene ahí doña Clotirde buscándome, porque yo le he jurao ayudarle a impedí los desafíos, sea como sea, y eso es lo primero.

LUISA. Pues señor...

ROSA. Está bien.

MAN. En esta balsa de aceite nos van a freir.

(Se van los cuatro por la izquierda.)

CON. (Mirando al lateral izquierda último término.) ¿Pero qué trae en la mano?...

CLOT. (Entra en escena por el sitio indicado. Trae en una mano una botella y en la otra una bandeja con ocho vasitos.) ¡Conchita!...

CON. ¿Qué, doña Clotirde?

CLOT. ¡Ya!

CON. ¿Eh?

CLOT. Mire usted: aquí está.

CON. Pero...

CLOT. Ponche Canseco.

CON. Y ha echado usté...

CLOT. Sí. Por cada copita de ponche ocho días de sueño.

CON. ¡Señora!...

CLOT. Tengo yo ideado mi plan. ¡Ah! El amor aguza el cerebelo. (Mirando hacia la derecha.) ¿Pero qué es esto, Conchita? Vea usted: Tortuero y Centeno juntos..

CON. Es verdad. ¿Habrán hecho las paces?

CLOT. Qué me importa que ellos se maten o no; yo a quién deseo librar es a Telmo; a mi Telmo, y le libraré. Venga usted... Tráigase esa bandeja. ¡Vamos! (Mutis de las dos por la izquierda, primer término.)

(Entran en escena por el último término de la derecha TORTUERO y CENTENO; dos furias)

TORT. Estoy conforme, caballero; siempre he sido partidario de los duelos a la americana.

CENT. Entonces...

TORT. Sí; mientras nuestros respectivos padrinos conciertan nuestros respectivos duelos con nuestro común enemigo don Telmo Buitrago, nosotros debemos batirnos a la americana. Usted tiene un revólver, ¿no?

CENT. (Sacando.) Este. Y usted tiene otro, ¿no es verdad?

TORT. (Idem.) Este.

CENT. Entonces... En ese espacioso jardín...

TORT. Sí; usted entra por un extremo y yo por el otro y nos cazaremos sin piedad, sin compasión.

CENT. Precisa que escribamos cada uno una carta diciendo que no se culpe a nadie de nuestra muerte.

TORT. Sea. (Tiran de pluma y escribe cada uno en una mesa.)

(En este momento entra en escena CLOTILDE seguida de CONCHITA. Esta trae la botella y la bandeja.)

CLOT. (¡Valor!) (Afectando naturalidad.) ¡Oh! Mire usted... (Centeno y Tortuero terminan su escritura precipitadamente y guardan el pliego en el bolsillo.) No quiero hacer excepciones; Conchita: invite también al señor Tortuero.

CENT. (¡Es un ángel!)

TORT. ¿Qué es esto?

CON. Que es el cumpleaños de la señorita Clotilde y estamos obsequiando a todo el mundo. (Enseñándole la botella.) Ponche Canseco. (Le ofrece una copita.)

CLOT. (A Tortuero) Aunque habla usted mal de mí... no le guardo rencor.

TORT. ¡Pobrecilla! (Toma la copa.) Gracias, Clotilde. (Se la bebe. Clotilde tiene que apoyarse para no caerse.)

CON. (A Centeno.) Usted aceptará...

CENT. Yo... tratándose de Clotildita, bebería la cicuta. (Conchita y Clotilde se estremecen.) Venga. (Bebe una copita. A Tortuero.) Y ahora, caballero...

TORT. ¡Vamos!

CENT. (Me subo en una higuera que hay a la entrada y hasta que él no pase por allí...) (Mutis por la derecha.)

TORT. (Me encaramo en el guindo que hay en aquel lado y hasta que él no se acerque...) (Se va por la izquierda.)

(Clotilde, que ha estado conteniéndose, al verlos marchar cae medio desvanecida en una silla. Conchita deja la bandeja y la botella en una mesa de la derecha y acude a ella asustada.)

CON. ¡Señorita!... ¡Señorita Clotirde!...

CLOT. ¡Ay! ¡Salvado!... No puedo más... Me ahogo...

CON. ¡Señorita!

CLOT. ¡El corazón!... ¡Ay!... ¡Ayúdame!... (Poniéndose de pie.) Llévame a mi cuarto.

CON. Pero...

CLOT. No quiero morir sin cumplir mi promesa. ¡Ayúdame!...

CON. ¡Señorita!... ¡Válgame Dios! ¡Vaya un histérico que ha cojío! (Se van por la izquierda primer término. Conchita la sostiene como puede.)

(Por el último término de la izquierda entran en escena MANOLO, ENRIQUE, DON SEBASTIAN, DON TEODORO, RAMOS y MISTER MENU. Don Sebastián y don Teodoro vienen de levita y sombrero de copa.)

SEB. (A Manolo y Enrique.) La llegada de ustedes ha sido para nosotros una verdadera fortuna, porque no sabemos ni una palabra de estas cuestiones de honor.

TEOD. Yo le dije a don Sebastián, vamos a vestirnos de levita, porque tengo entendido que para toda clase de duelos hay que vestirse de levita.

MAN. Eso es cuando se preside.

TEOD. ¿Cómo?

MAN. Cuando se preside el duelo en un entierro. En los desafíos los padrinos van de americana y los combatientes en mangas de camisa.

SEB. (A don Teodoro.) Por culpa de la idiotez de usted estamos haciendo el ridículo.

TEOD. El ridículo lo hará usted, caballero; y eso de la idiotez lo retira usted ahora mismo o me dará usted una explicación en el terreno de las armas.

RAMOS ¡Por Dios!

MENÚ ¿Otro desafío?

TEOD. Aunque sean mil. ¡Que retire esa palabra!

SEB. ¿Cómo se retira?

ENR. Dándola por no pronunciada.

SEB. Perfectamente; no la he pronunciado.

TEOD. Muy bien. (A Manolo y Enrique.) Ustedes dirán qué debemos hacer para comenzar nuestra gestión como representantes del señor Buitrago.

MANOLO Ante todo sentarse.

SEB. Perfectamente.

(Se sientan los seis alrededor de la mesa.)

RAMOS ¡Caramba! Cosa rica: ponche Canseco. No está esto nal preparado. (Llena todos los vasitos.)

ENR. De manera que ustedes dos representan al Comandante.

SEB. Sí, señor, y estos dos señores al señor Centeno. Los padrinos del señor Molina y del señor Tortuero no han comparecido aún.

ENR. Muy bien. Pues traten ustedes de las condiciones en que ha de celebrarse el encuentro.

RAMOS (Ofreciendo.) Una copita ante todo, anigos níos.

SEB. Gracias. (Bebe.)

TEOD. Muchas gracias. (Idem.)

MANOLO Lo mismo digo. (Idem.)

ENR. Gracias. (Idem.)

RAMOS (A monsieur Menú.) Don Naxino...

MENÚ Merci. (Bebe.)

(Ramos bebe también y vuelve a llenar las copas.)

SEB. Nuestro representado nos ha dado por escrito las condiciones de los tres lances. Vean ustedes.

(Siguen hablando.)

TELMO (Por el último termino de la izquierda.) Acá viene con esas señoras; dice que no quiere nombrar padrinos, pero yo le obligaré a batirse, porque delante de ellas he de abofetearle. Me ocultaré, y a la primera ocasión... (Se va por la derecha.)

(Por la izquierda entran en escena ROSA, LUISA y DON PACO.)

ROSA Entonces su desafío con el Comandante...

PACO Música frita, señora. Yo qué me voy a batir con nadie...

LUISA ¿Pero qué ha ocurrido entre ustedes?

PACO Ya, ya se lo contará a ustedes Amparito.

ROSA ¿Y dónde está Amparito?

PACO Ha ido con Villarín y con Miranda a la higuera de la entrada a ver si hay alguna breva madura.

(Se sientan a la mesita de la izquierda.)

TELMO (Por la derecha.) Toseré fuerte, y en cuanto vuelva la cara lo abofeteo.

LUISA Oiga usted, don Paco, ¿tiene algún pretendiente Amparito?

PACO ¡Uf! Estoy muy contento: la pretenden todos.

TELMO (¿Eh?)

PACO Pero hay uno que está enamorado de verdad.

ROSA ¿Sí?

PACO — Uno que me parece que va a cargar con ella· Nada, que estoy muy contento.

TELMO — (¡Señores, qué sinvergüenza!)

LUISA — Y decía ella que no tenía gancho...

PACO — Y es verdad: porque quien ha tenido gancho he sido yo.

ROSA — ¿Cómo? ¿Qué ha hecho usted?

PACO — Inscribirla en el libro del hotel, no como sobrina mía, sino como mi esposa. (Risas.)

TELMO — (¿Eh?) (Queda con la boca abierta.)

LUISA — ¿Y se lo han creído?

PACO — Todos. Nadie sabe que es soltera.

TELMO — ¡¡Ah!! (Pega un grito y hace mutis corriendo por la izquierda, último término.)

ROSA — ¿Eh?

LUISA — ¿Qué pasa?

PACO — ¿Quién era?

ROSA — El Comandante.

LUISA — ¿Habrá sucedido algo?

ROSA — No sé... Allí parece que se reúne gente. (Se van los tres por la izquierda.)

MANOLO — (Borracho de sueño y hablando con gran trabajo.) Yo creo que esto debe arreglarse...

ENR. — (Idem de idem.) Eso, un acta.

MENÚ — (Idem de idem.) A mí me da lo mismo.

RAMOS — (Idem de idem.) Pues a ní no ne dá lo nisno.

MANOLO — (Casi sin fuerzas.) Hable usted claro.

RAMOS — (Cada vez más despacio.) Que a ní no ne da lo nisno.

MANOLO — Usté... es... ton... to...

RAMOS — (Sin poder abrir los ojos.) El ton... to... lo... ¡Ay, que ne nuero!

ENR. — (Idem.) Pégale...

MANOLO — (Idem.) Le... voy... a dar... una bofe... (Levanta la mano y sólo tiene fuerzas para darle a don Sebastián, que está a su lado casi dormido.)

(Quedan los seis completamente dormidos, pero en postura natural, como si estuvieran despiertos.)

ROSA — (Hablando en el fondo, hacia el lateral izquierda.) ¿Qué sucede, señora?

REF. — (Entrando en escena con MANOLITA y PAQUITA.) Una cosa insólita. ¡Qué escándalo! Beber de esa manera...

MAN. — ¡Qué atrocidad, hija!

LUISA — ¿Pero qué ha sido?

REF. — Tortuero y Centeno, que por lo visto se han emborrachado y cada uno de ellos se ha dormido en lo alto de un árbol.

ROSA ¡Jesús!

PAQ. Bueno, la caída de Centeno ha sido como para desnucarse.

REF. Y Tortuero no ha caído también, porque se le quedó un pié sujeto entre dos ramas, pero estaba colgando como un embutido. Ahora lo están bajando.

VILL. (Con Miranda por el foro izquierda.) ¡Noticias!

MIR. Traemos noticias.

TODOS ¿Eh? ¿Qué?

VILL. Que dice el médico que no es borrachera, sino narcótico.

(Asombro en todos.)

MIR. Van a examinar todos los vasos y recipientes de la casa a ver si hay residuos de algo...

(Siguen hablando.)

CON. (Por la izquierda, primer término. Viene muy asustada.) ¡Válgame Dios! ¡Me la he buscao! Aquí toma carta la justicia, y Dios... ¡Dios quiera que nadie más haiga bebido! Tiraré los vasos al pozo... (Ve dormidos a los seis.) ¡¡Dios mío de mi arma!! ¡¡Josú!! Lo mejó es irse. Voy a cogé la carretera y no voy a pará de corré hasta Córdoba. (Inicia el mutis.)

REF. ¡Conchita!

CON. (Asustada, pegando un grito.) ¡Ay! ¡Yo! ¡Eh! ¡Qué!

REF. Cuando vuelva usted por aquí, tráigame un vaso de agua.

CON. Sí, señora; cuando vuelva... que ya va pa rato. (Se va corriendo por la derecha.)

MIR. Bueno, está demostrado que Centeno cayó de cabeza.

ROSA ¿Sí? ¿Cómo se ha comprobado?

MIR. Porque al caer ha roto un asiento de mármol que había bajo el árbol.

(Vuelven a entrar en escena por donde se fueron, ROSA, LUISA y DON PACO.)

REF. (A Miranda.) ¿No han dicho ustedes a esos señores lo que sucede?

MIR. Déjelos usted. Están tratando de asuntos muy importantes y no conviene interrumpirles...

VILL. (Mirando hacia la izquierda.) ¿Eh? ¿Qué es aquéllo?...

(Todos miran hacia la izquierda, último término.)

MIR. ¿Cómo se entiende?

ROSA El Comandante que trae a Amparito de la mano, como a la fuerza.

PACO ¡Hola!...

REF. ¡Qué compromiso! ¡Y aquí el marido!...

MAN. ¡Me alegro!

(Entran en escena DON TELMO y AMPARITO. En efecto, la trae de la mano y de mala manera.)

AMP. Que me hace usted daño, caballero.

TELMO ¡¡Señor Molina!!...

PACO ¡¡Señor Comandante!!...

(Terror en todos.)

TELMO A cuanto antes le dije, que no fué poco, tengo que añadirle lo siguiente: ¡¡Señor Molina!!...

PACO ¡¡Señor Comandante!!...

TELMO O me concede usted la mano de su sobrina o me levanto la tapa de los sesos. (La suelta.)

AMP. (Muy melosa.) ¡Ay, por Dios, no se mate usted! ¡Con lo simpático que es usted!

PACO Digo lo mismo que ella, caballero.

TELMO Gracias, muchas gracias.

(Todos se miran con la boca abierta.)

AMP. (Al Comandante.) ¿Pero usted no será casado, eh?

TELMO ¡No, señora! (Muy furioso.) Pero lo seré en seguida. ¡Mañana mismo!

AMP. (Muy melosa.) Mañana es trece, y yo no me caso en trece.

TELMO (Furioso.) ¡Pues me caso en diez! ¡Cuando sea!

AMP. ¡Gracias a Dios!

TELMO Don Sebastián, don Teodoro... Se acabaron las negociaciones. Ya no hay duelos. Ya... ¿eh?... ¿Pero qué es esto?... ¡Dormidos!...

CLOT. (Por el foro izquierda viene con el pelo cortado. A la cabeza una cofia.) ¡Telmo!... He cumplido mi palabra y he cumplido mi promesa.

TELMO ¿Qué dice usted?

CLOT. Centeno y Tortuero duermen; ya no se bate usted.

TELMO Pero...

CLOT. (Dándole un envoltorio.) Tome: usted mismo ha de llevar este ex voto al Santo bendito.

TELMO ¿Y esto qué es?

CLOT. Mi pelo.

TELMO Señora, yo voy a casarme con Amparito; yo yo no puedo tomarle a usted el pelo.

(Clotilde pega un grito. Los seis que duermen cambian de postura. Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

Obras de Pedro Muñoz Seca

Las guerreras, juguete cómico-lírico. Música del maestro Manuel del Castillo.

El contrabando, sainete. (Décima edición).

De balcón á balcón, entremés en prosa. (Tercera edición.)

Manolo el afilador, sainete en tres cuadros. Música de los maestros Barrera y Gay.

El contrabando, sainete lírico. Música de los maestros José Serrano y José Fernández Pacheco. (Sexta edición.)

La casa de la juerga, sainete lírico en tres cuadros. Música de los maestros Quinito Valverde y Juan Gay.

El triunfo de Venus, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música del maestro Ruperto Chapí.

Una lectura, entremés en prosa. (Segunda edición.)

Celos, entremés en prosa. (Segunda edición.)

Las tres cosas de Jerez, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Amadeo Vives.

El lagar, zarzuela en tres cuadros. Música de los maestros Guervós y Carbonell.

A prima fija, entremés en prosa.

El niño de San Antonio, sainete lírico en tres cuadros. Música del maestro Saco del Valle.

Floriana, juguete cómico en cuatro actos, adaptado del francés.

Los apuros de Don Cleto, juguete cómico en un acto.

Mentir á tiempo, entremés en prosa.

El naranjal, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.

Don Pedro el Cruel, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.

El fotógrafo, juguete cómico en un acto.

El jilguerillo de los Parrales, sainete en un acto.

La neurastenia de Satanás, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música de los maestros Saco del Valle y Foglietti.

Mari-Nieves, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Saco del Valle.

Tentaruja y Compañía, pasillo con música del maestro Roberto Ortells.

¡Por peteneras!, sainete lírico. Música dei maestro Rafael Calleja. (Segunda edición.)

La canción húngara, opereta en cinco cuadros. Música del maestro Pablo Luna.

La mujer romántica, opereta en tres actos, adaptación española.

El medio ambiente, comedia en dos actos.

Coba fina, sainete en un acto. (Segunda edición.)

Las cosas de la vida, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)

La nicotina, sainete en prosa.

Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)

La cucaña de Solarillo, zarzuela en un acto. Música del maestro Pablo Luna.

El modelo de Virtudes, juguete cómico en dos actos.

López de Coria, juguete cómico en dos actos.

El bien público, sátira en dos actos.

El milagro del santo, entremés en prosa.

El incendio de Roma, juguete cómico con música del maestro Barrera.

El Pajarito, comedia en dos actos.

El paño de lágrimas, juguete cómico en tres actos.

Fúcar XXI, disparate cómico en dos actos.

Pastor y Borrego, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)

La niña de las planchas, entremés lírico.

Cachivache, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja.

Naide es na, sainete en un acto y tres cuadros. Música del maestro Taboada Steger.

El roble de «la Jarosa», comedia en tres actos.

La frescura de Lafuente, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)

La casa de los crímenes, juguete cómico en un acto

La perla ambarina, juguete cómico en dos actos.
La Remolino, sainete en un acto.
Lolita Tenorio, comedia en dos actos.
Los que fueron, entremés en prosa.
La escala de Milán, apropósito.
La conferencia de Algeciras, apropósito.
El verdugo de Sevilla, casi sainete en tres actos y en prosa. (Cuarta edición.)
Doña María Coronel, comedia en dos actos. (Segunda edición.)
El Príncipe Juanón, comedia dramática en tres actos y prosa.
El último Bravo, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
La locura de Madrid, juguete cómico en dos actos.
Hugo de Montreux, melodrama en cuatro actos.
El marido de la Engracia, sainete en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, música de los maestros Barrera y Taboada Steger.
La traición, melodrama en tres actos.
Los cuatro Robinsones, juguete cómico en tres actos y en prosa.
Adán y Evans, monólogo.
El rayo, juguete cómico en tres actos y en prosa. (Cuarta edición.)
El sueño de Valdivia, sainete en un acto. (Segunda edición).
Albi-Melén, obra de pascuas en dos actos, divididos en cuatro cuadros, música del maestro Calleja.
El último pecado, comedia en tres actos y un epílogo (Segunda edición.)
John y Thum, disparate cómico-lírico-bailable en dos actos, divididos en seis cuadros. (Segunda edición.)
Los rifeños, entremés en prosa.
El voto de Santiago, comedia en dos actos.
El teniente alcalde de Zalamea, juguete cómico en un acto.
De rodillas y a tus piés, entremés.

Obras de Pedro Pérez Fernández

Al balcón, juguete cómico.
Lola, diálogo.
Tal para cual, juguete cómico.
La primera lección, monólogo.
Las Marimoñas, sainete en dos cuadros, con música de los maestros Fuentes y Foglietti.
Los Florete, juguete cómico.
El sino perro, entremés.
El D. Cecilio de hoy, revista sevillana.
Boceto al óleo, juguete cómico.
Flores cordiales, inocentada con música de los maestros López del Toro y Fuentes.
La victoria del cake, humorada satírica con música de López del Toro y Fuentes.
La penetración pacífica, humorada satírica con música de López del Toro y Fuentes.
A la lunita clara, entremés.
A la vera der queré, sainete en dos cuadros, con música del maestro Alvarez del Castillo.
El gordo en Sevilla, sainete.
Para pescar un novio... paso de comedia.
El alma del querer, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Vives y Barrera.
La fuerza de un querer, comedia en un acto.
¡Por peteneras!, sainete en un solo cuadro, con música del maestro Calleja.
La casta Susana, opereta en tres actos, adaptación y refundición española.
La canción húngara, opereta en un acto. Música del maestro Luna.
La mujer romántica, opereta en tres actos, adaptación española.
El medio ambiente, comedia en dos actos.
Coba fina, sainete en un acto.
Me dijiste que era fea... comedia-sainete en tres actos (uno, prólogo.)
Las cosas de la vida, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)
La nicotina, sainete en prosa.
Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos.
López de Coria, juguete cómico en dos actos.
El milagro del santo, entremés en prosa.

El incendio de Roma, juguete cómico con música del maestro Barrera.

El paño de lágrimas, juguete cómico en tres actos.

Fúcar XXI, disparate cómico en dos actos.

Cachivache, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja.

Naide es na, sainete en un acto y tres cuadros. Música del maestro Taboada Steger.

La perla ambarina, juguete cómico en dos actos.

Lolita Tenorio, comedia en dos actos.

Las pavas, apropósito cómico-lírico, música del maestro Foglietti.

El señor Pandolfo, farsa lírica en tres actos, música de Amadeo Vives.

Las mujeres mandan o *Contra pereza diligencia,* sainete en dos actos, divididos en seis cuadros.

Los últimos frescos, sainete en dos actos.

El marido de la Engracia, sainete en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, música de los maestros Barrera y Taboada Steger.

El milagro del santo, entremés en prosa.

El presidente Mínguez, astrakanada lírica en un acto, dividido en tres cuadros, música del maestro Luna.

Paz y Ventura o el que la busca la encuentra, sainete en un acto y en prosa, música de los maestros Fuentes y Foglietti.

Albi-Melén, obra de pascuas en dos actos, divididos en cuatro cuadros, música del maestro Calleja.

La última astracanada, juguete cómico-lírico en un acto, dividido en un prólogo y cuatro cuadros, música del maestro Eduardo Fuentes.

Los rifeños, entremés en prosa.

El oro del moro, sainete en dos actos, inspirado en una copla andaluza.

El voto de Santiago, comedia en dos actos. (Segunda edición).

El teniente alcalde de Zalamea, juguete cómico en un acto.

De rodillas y a tus piés, entremés.

Del alma de Sevilla. (Primera colección de novelas cortas y cuentos andaluces.) Prólogo de Rodríguez Marín, de la Real Academia. Epílogo de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.—(Edición Garnier, hermanos, París; un tomo 8.º rústica, 3 ptas.)

PRECIO: 1,50 PESETAS